

Los inicios narrativos de Fernando Quiñones: de la prosa costumbrista y autobiográfica a la fantasía (1948–1953)

Ana Sofía Pérez-Bustamante Mourier

Universidad de Cádiz. Departamento de Filología. Facultad de Filosofía y Letras 11003 Cádiz. Tlfno.(956 015565; Fax: 956 015501. E-mail: anasofia.pbm@uca.es

(Recibido Octubre de 2007; aceptado Noviembre de 2007)

Biblid (0214-137X (2006) 22; 149-202)

Resumen

“Los inicios narrativos de Fernando Quiñones” (1930-1998) muestra, a partir de sus colaboraciones en las revistas *El Parnaso* (Cádiz, 1948-1950), *Platero* (Cádiz, 1950-1954), *Alcaraván* (Arcos de la Fra., 1949-1956) y el semanario *La Voz del Sur* (Cádiz, 1949-1952), cómo lo primero que escribió fueron estampas populares en prosa lírica con Juan Ramón Jiménez como modelo. A medida que sus lecturas y contactos se amplían, el tema del texto se hace más personal y más inclinado a la sobriedad del realismo. Pero en ocasiones da rienda suelta a una fantasía de tipo mayormente alegórico (lo que explica su fidelidad a Borges). En todo caso, sus constantes temáticas ya son visibles en estos primeros escritos, de los que aquí se reproducen veinte.

Palabras clave: Fernando Quiñones - narrativa generación corta 1950 - prosa poética juanramoniana - prosa poética confesional - relatos de fantasía y alegóricos.

Summary

“Los inicios narrativos de Fernando Quiñones” (1930-1998) reveals through collaborations in magazines *El Parnaso* (Cádiz, 1948-1950), *Platero* (Cádiz, 1950-1954), *Alcaraván* (Arcos de la Frontera, 1949-1956), and the weekly review *La Voz del Sur* (Cádiz, 1949-1952) how the first thing Quiñones wrote were popular lyric descriptions inspired by the model of Juan Ramón Jiménez. As his readings and contacts widen, his topics become more personal and closer to the sobriety of Realism. But there are occasions when he gives free rein to a mainly allegorical fantasy (which explains his loyalty towards Borges). Nevertheless, his constant topics are already patent in his first written works, of which we hereby reproduce twenty.

Key words: Fernando Quiñones – fiction works by writers from the generation of the 1950s – Juanramonian poetic prose – confessional poetical prose – fantastic and allegorical short stories.

Résumé:

Les débuts narratifs de Fernando Quiñones » (1930-1998) montre, à partir des collaborations de celui-ci dans les revues *El Parnaso* (Cadix, 1948-1950), *Platero* (Cadix, 1950-1954), *Alcaraván* (Arcos de la Fra., 1949-1956) et dans l'hebdomadaire *La Voz del Sur* (Cádiz, 1949-1952), comment ses premiers écrits étaient des scènes populaires en prose lyrique avec comme modèle Juan Ramón Jiménez. En même temps qu'il élargit les lectures et les contacts, le sujet du texte devient plus personnel et plus proche de la sobriété du réalisme. Mais parfois il donne libre cours à une fantaisie plutôt allégorique (ce qui montre sa fidélité à Borges). En tout cas, ses constantes thématiques sont déjà présentes dans ces premiers écrits, dont vingt sont reproduits ici.

Mots-clé: Fernando Quiñones - narrative génération 1950 - prose poétique de Juan Ramón - prose poétique confessionnelle – récits fantastiques et allégoriques.

I. INTRODUCCIÓN

La vocación literaria de Fernando Quiñones (1930-1998) surgió, como suele ser habitual, al filo de la adolescencia en plena etapa escolar. Considerable fue la sorpresa en el colegio cuando un niño como él, que no destacaba como estudioso aunque colaboraba en la revista marianista *El Pilar*, se alzó con el premio de redacción que convocaba San Felipe Neri. Aquellas aficiones le fueron marcando un futuro camino literario. Dificultades económicas, desavenencias en su familia y quizá algún otro factor obligaron al joven Fernando a abandonar primero el colegio -tras estudiar tercero de bachillerato-, y luego la Escuela de Comercio, donde cursó otro año. La necesidad de contribuir al sustento familiar (muerta su madre en el parto, Fernando prácticamente se crió con su abuela Cordia y su tía Teresa) le llevó a ejercer a salto de mata, en los duros años 40, una pintoresca multitud de pequeños oficios que le pusieron en contacto no ya con la burguesía acomodada que concurría a su colegio sino con las gentes más humildes del misérrimo Cádiz de entonces: ese Cádiz que, para colmo de males, quedó parcialmente arrasado en 1947 con la explosión del polvorín de San Severiano. Así Fernando fue meritorio en la Audiencia, empleado en una compañía de seguros, descargador en el muelle pesquero, ditero por las casas de vecinos, vendedor de fotos ampliadas en color, amanuense de un magistrado...¹

Pero la obligación nunca fue para Quiñones incompatible con la devoción. Tras promover desde 1947 una serie de tertulias literarias en la taberna de “Las Cortes”², en diciembre de 1948 pone en marcha, junto con tres compañeros de colegio (Serafín Pro Hesles, Francisco Pleguezuelo y Felipe Sordo Lamadrid) la modesta revista quincenal mecanografiada que llevó el título de *El Parnaso*, y desde 1950 el de *Platero*³. A ellos se sumó el pintor

¹ Para los datos biográficos puede consultarse el trabajo de María del Rosario Moya Ramírez: *La concepción poética de Fernando Quiñones. Situación e interpretación de “La canción del pirata”* (Cádiz, Universidad, 1996, edición en microfichas de su tesis doctoral, leída en 1995).

² Fernando Quiñones: “...Y en Cádiz, Platero”, *Poesía Española* (Madrid), nº 140-141, agosto-septiembre de 1974. Más adelante, véanse también, del propio autor, “Pequeñas memorias de un revista gaditana (I)” y “Pequeñas memorias de una revista gaditana (II)”, *Andana* (Diputación de Cádiz), septiembre de 1985, p. 21, y octubre de 1985, pág. 21.

³ *El Parnaso* sacó treinta números entre diciembre de 1948 y febrero de 1950. Luego cambió su nombre por el de *Platero*, que salió como “segunda época de *El Parnaso*” con ejemplares numerados a partir del 31: en total nueve números entre marzo de

autodidacta Lorenzo Cherbuy⁴. También por aquellos años el grupo estableció contacto con Julio Mariscal Montes, que estudiaba Magisterio en Cádiz, les orientó en sus lecturas y fomentó en Arcos (con la insustituible colaboración de los hermanos Carlos y Antonio Murciano), a imagen y semejanza de *El Parnaso*, la revista *Alcaraván* (1949-1956), en la que Quiñones colaboraría con frecuencia. A estas dos revistas literarias juveniles, propiamente generacionales, hay que unir la colaboración de Quiñones en *La Voz del Sur*. Era éste un semanario fundado en 1949 dentro de las consignas del Movimiento, con la intención de hacer propaganda a nivel provincial de la política del gobernador Carlos María Rodríguez de Valcárcel, que lo auspiciaba personalmente⁵. Fernando concurría por entonces a las tertulias literarias presididas por José Martínez del Cerro, profesor de Literatura aficionado a la poesía y Delegado de educación del Movimiento, y fue de esta manera como se le abrió una puerta para colaborar en *La Voz del Sur*. En principio se le destinó a labores de apoyo o menesteres secundarios (ordenar el archivo fotográfico), pero después se le fue permitiendo publicar como colaborador todoterreno, cubriendo información de toros, cine, flamenco o sociedad. También accedió a la sección literaria semanal “Academia”, que se nutría de los contertulios de Martínez del Cerro y que, ampliamente desbordada, fue al parecer uno de los motivos subyacentes al nacimiento de *Platero*. El traslado de *La Voz del Sur* de Cádiz capital a Jerez en 1952 fue uno de los factores que animaron a Quiñones a emigrar a Madrid, pues ya iba teniendo claro que en Cádiz le sería imposible desarrollar una carrera literaria que le permitiera sobrevivir. El paso por Cádiz

1950 y noviembre de 1951. Finalmente, con subvención oficial, sale un nuevo *Platero*, ya no mecanografiado, del que se hicieron veinticuatro números entre diciembre de 1951 y 1954. Sobre *Platero* pueden consultarse las monografías de José Antonio Hernández Guerrero (“*Platero*” (1948-1954). *Historia, antología e índices de una revista literaria gaditana*, Cádiz, Fundación Municipal de Cultura, Cátedra “Adolfo de Castro”, 1984) y Manuel Ramos Ortega (*La poesía del 50: “Platero”, una revista gaditana del medio siglo (1951-1954)*, Cádiz, Universidad, 1994). También analiza esta revista Fanny Rubio en su imprescindible estudio sobre *Las revistas poéticas españolas (1939-1975)* (Madrid, Turner, 1976).

⁴ Véase la semblanza de F. Quiñones “Cherbuy”, *Diario de Cádiz*, 27 de julio de 1987, p. 5. Sobre el inicio de su amistad, “Las mijitas del freidor” (apunte nº 5), *Diario de Cádiz*, 29 de marzo de 1992. Recogido Fernando Quiñones: *El baúl del pirata*, Ed. de Ana Sofía Pérez-Bustamante Mourier y Cecilia Martínez Bienvenido, Cádiz, Grupo Joly, 2006, p. 334.

⁵ Cf. la monografía de quien fue el primer director de *La Voz del Sur*, José María García-Cernuda Calleja: *El Gobernador Valcárcel (Un trozo de historia de Cádiz)*, Cádiz, 1975.

de Juan Aparicio, director de la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda, impulsor del grupo y revista *Garcilaso*, así como director primero de *El Español* y *La Estafeta Literaria*, fue la oportunidad que buscaba Fernando para trasladarse la capital, pues Aparicio buscaba jóvenes valores en la provincia. Nada fue fácil ni inmediato, pero lo cierto es que Quiñones pudo marcharse y subsistir con un modesto empleo, mientras ampliaba sus relaciones literarias en beneficio no sólo suyo sino también de la revista *Platero*, que se publicó hasta 1954.

Entre estas dos fechas, 1949 y 1954, queremos situar nuestro homenaje a Jorge Paz Pasamar, entrañable colega y reconocido especialista en la obra de Fernando Quiñones, a quien no sólo estudió sino de quien tuvo el privilegio de ser amigo. Ha estudiado Jorge Paz con preferencia los mundos narrativos del Quiñones maduro, en especial sus tipos femeninos, su maestría en el manejo del habla popular y su interés por el flamenco y los toros⁶. Nosotros hemos querido con este trabajo indagar en los orígenes narrativos de Quiñones. Es curioso que suele admitirse que Fernando fue ante todo y en primer lugar poeta, pero la índole de sus primeras colaboraciones en prensa y revistas desmiente en parte este aserto. Si lo vamos a ver en cifras, en *El Parnaso* publicó 18 poemas, cinco prosas poéticas y siete prosas de asuntos varios, en *Platero* trece poemas y dieciocho prosas de géneros varios⁷, en *Alcaraván* ocho poemas y cinco prosas⁸ y en *La Voz del Sur*, de 192

⁶ Véanse, por ejemplo, de Jorge Paz Pasamar, "Personajes femeninos en la narrativa de Fernando Quiñones" (Tesis doctoral leída en la Universidad de Cádiz, 1996); "El habla popular andaluza en las mujeres de Quiñones", ("Homenaje a Fernando Quiñones", en *Draco. Revista de Literatura Española*, (Cádiz, Universidad), nº 8-9, 1999, págs. 109-137); o "Personajes femeninos en la narrativa de Fernando Quiñones" (*Fernando Quiñones (1930-1998). Crónicas del cristal y la llama*, Ed. de Ana-Sofía Pérez-Bustamante Mourier, Chiclana de la Fra. (Cádiz), Fundación Fernando Quiñones, 2002, págs. 195-219).

⁷ Remitimos al lector a la edición facsímil de *Platero (Revista Literaria Gaditana)*, Ed. Pedro Bazán, Prólogo e índices de Manuel Ramos Ortega, Sevilla, Fundación El Monte, 2000, 2 vols.

⁸ Debo los datos que figuran a continuación a la interesante tesis de licenciatura de Blanca Flores Cueto ("La poesía del 50: *Alcaraván*, una revista gaditana del medio siglo (1949-1956)", Universidad de Cádiz, 1997), donde se ofrecen los índices de esta publicación. Allí dio Quiñones ocho entregas poéticas: "La ofrenda del cordero (El pastor)" (nº 7, Navidad 1949, pág. 16), "Otro soneto a Filis" (nº 12, 1950, pág. 14); "Las avecillas en el portal. Gaviota. Grulla" (nº 15, 1950, pág. 10); "Agosto" (nº 16, 1951, pág. 22); "Norma" (nº 17, 1951, pág. 15); "El balandro herido" (nº 18, 1951, pág. 17);

colaboraciones, sólo cuatro son poemas, seis son prosas poéticas o de ficción, otras seis son colecciones de greguerías, y el resto 176 textos varios. Lo que llama la atención es el equilibrio prosa-verso en revistas poéticas (en prensa en cambio es normal el predominio de la prosa). Igualmente resulta de enorme interés comprobar que el autor vertió en prosa (antes que en verso) sus vivencias más hondas: las relacionadas con la mar en todos sus aspectos y en especial con su faceta de trabajador del muelle; las visiones de esa gente popular (a menudo de la pesca) que terminaría cogiendo la palabra en sus relatos; y, también, sus centros más cálidos: la libertad de los niños bañándose en el mar y el dolor por la muerte de su abuela Cordia.

Como son textos muy poco conocidos⁹ hemos creído de utilidad reproducirlos aquí enteros (habida cuenta de que tampoco ocupan tanto). El lector podrá advertir fácilmente tres cosas: 1) el primer Quiñones tiene como modelo a Juan Ramón Jiménez (muy ocasionalmente a Pío Baroja), y produce unas prosas poéticas inspiradas en su observación de tipos y ambientes populares. 2) A medida que sus lecturas y relaciones se amplían, y que el tema se hace más personal, con sintomática rapidez Quiñones va prescindiendo de resabios preciosistas para contar sus experiencias de una manera mucho más directa y eficaz, dentro de una línea básicamente realista. 3) En ocasiones, el autor da rienda suelta a su fantasía, una constante que pertenecía a su idiosincrasia (de ahí su amor por Borges) y que se mantuvo hasta el final. De hecho, de todos estos textos sólo uno, la “Parábola de los tres hombres justos”, pasó a integrarse en un libro (*La guerra, el mar y otros excesos*, 1966) y, luego, fue recuperado en las dos últimas antologías (2001, 2003).

De todo el material posible nos hemos ceñido al más directamente narrativo. Aquí nos llaman la atención dos hechos: tuvo Quiñones dos proyectos de libros que no llegaron a cuajar. El primero, que comienza en enero de 1950, se titulaba “Marinas íntimas”. En el origen de este título hemos de

“Tristeza viene a ser” (nº 22, 1952, pág. 14); “Pájaro de la noche. A Vicente Aleixandre” (nº 30, enero 1956, pág. 10). Y, junto a ellas, cinco en prosa (una de ellas al alimón con su amigo Serafín Pro): “Marinas íntimas. De San Fernando a Cádiz” (nº 10, 1950, págs. 14-15. A pie de artículo, “julio 950”); “Escalerilla, escalerillas” (nº 14, 1950, págs. 20-21); “Manolo el tonto (Pequeñas biografías)” (nº 19, 1951, pág. 19); “Un recuerdo porque sí” (nº 20, 1952, pág. 4), y “La hija del sol” (nº 13, 1950, págs. 12-13. Escrito junto con Serafín Pro).

⁹ No figuran estas primicias del autor en *Viento Sur* (Madrid, Alianza, 1987), *Con el viento Sur* (Madrid, Alianza, 1996), *Libro de relatos (Jimena de la Fra., Cádiz, Ediciones OBA, 2001)* ni en *Cuentos/Relatos completos* (Madrid, Páginas de Espuma, 2003).

considerar dos estímulos: en primer lugar, quien escribió primero este tipo de textos fue Serafín Pro Hesles, quien fecha en febrero de 1949 un texto que, acogido bajo el título genérico de “Acuarela gaditana”, se titula “La vieja plaza de madera” (sobre la plaza de toros) y está dedicado “A mi amigo Fernando, gaditano sin serlo” (*El Parnaso* (Cádiz), Año I, nº 7, 1 de marzo de 1949, pp. 3-4). En el número siguiente el texto de Pro se titulaba “Torre Vigía” (nº 8, 15 de marzo de 1949), y es allí donde encontramos la primera prosa poética de Quiñones, una estampa popular cuyo gracejo se ve empañado por un excesivo sentimentalismo. En este sentido creemos que gravita sobre el joven aprendiz de escritor la influencia del Juan Ramón Jiménez humanitario de *Platero y yo* y también del compasivo Azorín (aunque José Martínez Ruiz fuera mucho más comedido en sus efusiones)¹⁰. La idea de formar una serie al estilo de las “Acuarelas” de su amigo Serafín se le ocurre a Fernando bastante después: el texto “Pez sobre el muelle” (*El Parnaso*, Año II, nº 28, 15 de enero de 1950, p.2) es el primero que se acoge al título de “Marinas íntimas”. En ambos casos (acuarelas, marinas) es de señalar la vinculación de los jóvenes con la tradición y el léxico pictórico del costumbrismo, tan arraigado en Andalucía. Serafín y Fernando, entonces muy afines, llegaron a publicar textos al alimón en *Alcaraván*. Curiosamente, sabemos de unos textos que Juan Ramón Jiménez pensaba hacer llegar a Platero (aunque finalmente no lo hizo) con el título común de “Marinas de ensueño”, cuatro poemas anteriores a 1932 que Quiñones recibió de un sobrino de Juan Ramón, Francisco Hernández Pinzón, muchos años más tarde, en 1992¹¹.

Años más tarde, ya durante la segunda época de *Platero*, Quiñones concibió una serie de prosas bajo el título de “Las Pesquerías del Señor”. Tampoco prosperó en forma de libro, pero hemos de entenderlo como una metamorfosis de aquellas primeras “Marinas íntimas” en una línea más (neo)realista. No sé si pudo haberle influido de alguna manera (en cuanto que conjunto) la serie de *Cuentos de marea baja y otras prosas* (1952) que fue dando en *La Voz del Sur* Antonio Perea, marqués de Arellano. En fin, al

¹⁰ Un curioso “cuento” (más bien recreación culturalista) de carácter azoriniano es el temprano “Caballero andante”, fechado en Madrid, 1963, y publicado en *Diario de Cádiz*, 1-12-1963. Lo reproducimos en nuestra antología Fernando Quiñones: *El baúl del pirata*, ed. cit., pp. 109-114. Nos consta, por conversaciones con el autor, la alta estima en que tenía Quiñones a Azorín, por extraño que pueda parecer habida cuenta de la diferencia de sus temperamentos vitales.

¹¹ Cf. F. Quiñones: “Un mensaje tardío de Juan Ramón Jiménez para Cádiz y El Puerto”, *Diario de Cádiz*, 12 de abril de 1992. Se recoge en F. Quiñones: *El baúl del pirata*, ed. cit., pp. 337-341.

margen de ambas series, hay textos curiosos que evidencian una inspiración dispersa y multivaria, muy propia del autor.

Por último, hay una serie de semblanzas que bien podrían haber configurado un conjunto de “Retratos”. No llega a manifestarse claramente la intención, pero sí tenemos indicios que apuntan a ella, como veremos.

Los textos que a continuación reproducimos tienen varias procedencias. Los de *El Parnaso* vienen de un ejemplar casi completo de esta revista juvenil que tuvo la enorme generosidad de regalarme Felipe Sordo Lamadrid: de los treinta números que salieron entre diciembre de 1948 y febrero de 1950 sólo faltan cuatro (los números 9, 23, 25 y 26), de los que no poseo dato alguno. Los textos de *Platero* los reproduzco a partir de la edición facsímil que, al cuidado de Pedro Bazán y con prólogo e índices de Manuel Ramos Ortega, sacó en dos volúmenes la Fundación El Monte (Sevilla, 2000). Los de *La Voz del Sur* (Cádiz) proceden de las hemerotecas gaditanas de la Biblioteca Provincial y la Biblioteca Municipal Celestino Mutis. Y de *Alcaraván* nos consta que allí publicó Quiñones varias prosas, pero sólo reproducimos la que incluye Flores Cueto en su tesina, donde sin embargo da cuenta de todas las que allí publicó el autor¹².

II. ENTRE LAS “MARINAS ÍNTIMAS”, “LAS PESQUERÍAS DEL SEÑOR” Y UNA DIFUSA SERIE DE “RETRATOS” (DEL IMPRESIONISMO LÍRICO AL REALISMO TESTIMONIAL)

La primera prosa poética quiñoniana, titulada “Ausencia” y fechada en enero de 1949 (*El Parnaso*, nº 4, 15 de enero de 1949, p. 1), es una llamada a la inspiración que nada tiene que ver con un proyecto de estampas marinas. En cambio, sí se relaciona con el mar “El vapor del puerto, trasunto de la tierra”, un texto que comienza como artículo y se va transformando en fantasía y oda (al parecer, fue luego publicado también en la revista *Bahía* de Cádiz). Tiene un valor más sentimental que otra cosa, pero helo aquí:

EL VAPOR DEL PUERTO, TRASUNTO DE LA TIERRA

¹² Blanca Flores Cueto: “La poesía del 50: *Alcaraván*, una revista gaditana del medio siglo (1949-1956)”, tesis de licenciatura dirigida por Manuel J. Ramos Ortega, leída en la Universidad de Cádiz en 1997.

Considero improcedente en un escritor tratar por segunda vez de un asunto que haya sido ya objeto de su pluma más o menos brillante. Evidentemente resulta deslucido volver de nuevo con intención creadora a la cantera de la que se han extraído en otra ocasión los lucientes filones de la inspiración.

Sin embargo, por esta vez me veo obligado a caer en el tópico. ¿Ausencia de las musas? No, al menos en este caso. La explicación del asunto se basa y orienta en un estricto sentido de la equidad y de la justicia. La base del artículo que me ocupa ha sido ya plasmada por mi pluma en una composición poética (un soneto)¹³ cuyo único e incorregible defecto es el de ser insuficiente a todas luces para desarrollar en toda su amplitud y merecimiento el tema suscitado por el “corpus musae”, si es que no resulta inadecuada la aplicación del latín al saladísimo y gaditanísimo barquito que traza diariamente su blanca estela desde las murallas cenicientas y salitrosas hasta la luminosa boca del Guadalete engalanada con el collar airoso del caserío blanco de los Puertos.

Circulan entre la gente marinera diferentes versiones acerca del nacimiento y lugar de procedencia del risueño vaporcillo. Desde luego la hipótesis de su construcción en los astilleros del Ferrol o de Bilbao es inadmisibles por completo en razón de su propia idiosincrasia. He aquí mi propia opinión. Una noche de Julio, callada y tranquila como una catedral castellana, se entró en el espejo de la bahía por la rendija blanca de Puerto Real una brisa leve que venía de los predios jerezanos y de las vegas sevillanas ebria de luz y de alegría. Exhalaba olores de aceituna vieja y de mosto nuevo. Trascendía a serranía agreste de Ronda y negreaba de toros dormidos en las marismas del Guadalquivir. A Puerto Real llegó brincando por los pinares y por las eras como chicuela saltarina e incapaz de dominar el impulso de sus retozos cayó de lleno en el mar en calma y el agua cálida la acarició en un beso largo, largo que la hizo enloquecer de sal y vida. Y en el bruñido escenario del galán, trenzó su enamorada brisa una danza palpitante

¹³ En el nº 3 de *El Parnaso* (1 de enero de 1949, p. 3) aparecía este “Soneto” de F. Quiñones dedicado “Al vaporcillo “Adriano” que hace el servicio de Cádiz al Puerto de Sta. María”: “Jugueteillo del agua gaditana/ con algo de gaviota marinera./ Pañolón de espumilla salinera/ escapado de un cuello de gitana.// Corazón de guitarra y de sonrisa,/ de tanguillos, mariscos y sabores./ Es un patio andaluz lleno de flores/ galán del agua, novio de la brisa.// Su festiva apariencia, su gracioso/ rostro infantil y su alegría/ contradicen su nombre majestuoso.// ¡Oh, la nativa y sutil ironía/ del vaporzuelo amable y caprichoso,/ perenne girasol de la bahía!”.

y alegre, recorriendo hasta el más oculto rincón de la bahía y tomando entre sus manos impalpables puñados de sal salinera, giros fugaces de gaviota y espumillas blanquiazules de la Caleta y de Puntales. Y el milagro fue hecho. El hijo de Andalucía la Baja amaneció amarrado con cables de algas, tomillos y malvalocas, junto a la Fábrica de Tabacos.

¡Ay, vapor, vaporcillo del Puerto, trasunto fiel del alma de la tierra! “Sale” más a su padre: el mar, pero también tiene mucho de su madre: la brisa. ¡Y qué alegría tan clara la suya! Es un pedacito de Cádiz loco de horizontes, un recadero blanco de las sirenitas (que las hay), una panderetilla de las olas.

Es un compendio enjundioso y grácil del espíritu popular, de la gracia fluida y espontánea de la tierra, de su ironía picaresca y sutilísima que se refleja hasta en su nombre: “Adriano”. Ese nombre pomposo, altisonante, evocador de togas albas y de augustos soberbios, aplicado a su alegre y festiva (casi infantil) apariencia, ¿no supone un sentido justo del carácter gaditano?

Él sabe de bulerías y palmas, de cante y de baile, de comentarios toreros, de gambas y de “burgaos”. Él conoce bien al pueblo, ha penetrado en su secreto psíquico. Él ha resumido en su espíritu trepidante el chiste en boga, el taconeo a punto, el alegre pregón del marisco del día, los “golpes” y ocurrencias certeras cuando la mar está picada. Él entiende de verónicas y naturales, de volapiés y de faroles, de “tangay” nativo y de fandangos camperos.

¡Esos regresos de los toros, cortando el cristal de la bahía tranquila, con la luna en el cielo y en el agua y Cádiz al fondo encendiendo sus lucecillas en la noche como un Belén maravilloso!

¡Y esas felices mañanas veraniegas en la Punta de San Felipe cuando nos entregamos con el alma en blanco al sol, al aire y al agua, viendo pasar al viejo amigo que nos saluda con su “toc-toc” casi cariñoso!

¡Ay vapor, vaporcillo del Puerto, bueno y amable, suave y humilde, perenne girasol de la bahía, trasunto fiel del alma de mi tierra!

Cádiz-Diciembre de 1948
El Parnaso (Cádiz), Año I, nº 7, 1 de marzo de 1949

Si leemos el soneto que precedió a este texto, está claro que el artículo es una glosa amplificatoria de las imágenes del poema previo, reconvertido ahora en leyenda poética.

El siguiente texto que integra este ciclo, sin llevar aún el título genérico de “Marinas íntimas” ni tampoco el de “Retratos”, refleja un personaje dentro del ambiente del mercado popular. Se trata de texto, ya claramente poético desde el principio, titulado “Esperar”, cuyo final, religiosamente ejemplarizante, es síntoma de la extrema juventud del autor.

ESPERAR

...¡Niña, el romero!

En la algarabía multicolor del mercado, entre el agrio vocear de los vendedores, junto a la yerta crispación del pescado, en medio del salvaje olor arrancado del mar y de la tierra, se abre al sol mañanero el pálido pregón de la ancianita...

...¡La hierbabuena y el romero, niña!

El puestecillo de madera opone a la loca discordancia de colores la suave franciscanía de sus tablas oscuras y esparce en el ambiente, gris de polvo y moscas, la gracia fresca de las hierbas de monte.

Y, en el humilde tenderete, esperando y pregonando, desgrana la vieja vendedora el rosario lento de los días, bien embozada en el pañolón de flecos, del que surge la arrugada carita entre la gloria de las canas.

¡Qué vieja, qué viejecita es! Seguramente el cabo doloroso de los ochenta ha quedado ya muy atrás. Pero hay que seguir pregonando y esperando, mientras brillan al sol los cuartos en la cajita de latón.

...¡El tomillo y el orégano!

Cuando, con ritmos juncales, se acerca una buena moza para prenderse en el pelo negro su matita de olor, los ojuelos cansados de la abuela se fruncen en una sonrisa nueva y, recordando su primer novio de aquellas doradas mañanas del balneario de la Palma, sigue con la vista a la muchacha hasta que desaparecen entre la gente el garbo acompasado de la canasta de esparto y el contoneo chillón del vestido.

Cuando el mocito de barrio, pretencioso y castigador, llega las mañanas de los domingos con su traje nuevo y su corbata verde, para agradecer la solapa con un fugaz efluvio serrano, la viejecita solitaria tuerce la cabeza en un gesto de ave, queda un rato con las manos cruzadas sobre la pobre falda y por fin llora suavemente porque se ha acordado del hijo, de aquel hijo que se llevaron a Cuba una mañana de agosto...

Y, cuando es un golfetillo sucio y descalzo el que merodea aturdidamente cerca de ella, el desteñido mosquetero de la caja ve desaparecer una moneda que pasa rápidamente de los apergaminados y temblones dedos a la avidez de la mano joven tendida como una garra.

...¡Qué bueno, niña, de la sierra el romero!

Pregonar y esperar... Esperar que llegue el momento de subir por ese rayo de sol amigo hasta el cielo, justa recompensa a su vejez entrañable perfumada de hierbas finas y de años de soledad callada. Esperar el día de la redención humilde para seguir entre las nubes en su tenderete de tablas, obsequiando con las frescas ramas a las mocitas buenas y a los golfillos desgraciados. Esperar sin saberlo a que Dios haga renacer la flor marchita de su vida buena.

Y entonces, en ese día venturoso, se abrirá el corazón de la viejecita y una rosa blanca brotará entre los flecos del pañolón negro y la voz de niña enferma cantará las glorias del Señor con alabanzas que han de trascender a tomillo y a hierbabuena fresquita del monte.

Cádiz, 10-2-49

El Parnaso (Cádiz), Año I, nº 8, 15 de marzo de 1949, p. 2

La segunda semblanza lleva ya título de serie y es de tema marino.

MARINAS ÍNTIMAS
PEZ SOBRE EL MUELLE

El pez feo está planiabsorto sobre las losas del muelle y la alta mañana pasea por su cuerpo redondo de plomo turbio un sol abarquillado y débil que rebrilla tenuemente la órbita de su ojo descubierto, terriblemente quieto, y resbala mansamente en el frío de los charcos parados.

Es ya la mañana y hace tiempo que se abatieron por la ciudad desvelada los últimos ecos amargos del chirriar de las cajas sobre los pavimentos y el bamboleo de los carros pescaderos en la estación, ahora empenachada de lentos algodones de bruma.

Es ya la mañana y han empezado a salir al mar de Dios, embocando la punta de los cantiles pardos, las vaquitas de la jornada – rubias, pardas, negras- con sus tiernos nombres de pintura y brea: “Marula”, “Txit-Ona”, “Juana y Josefito”...

Es ya la mañana y los viejos rederos cetrinos han dispuesto abatidamente la cabeza monocorde del nuevo día, trenzando al sol y a la sal –sal cruda, sol desahuciado- las cuerdas oscuras y los lienzos capoteros, crispados con la desesperación de las cosas inanimadas y sucias y pobres entre la monotonía de los dedos atezados.

Pero para el pez feo y redondo de las losas no será la mañana nunca. Lo sabe el montón destripado de cajas del rincón y el sol de invierno que rebrilla tenuemente en el frío de los charcos y en la órbita de su ojo, terriblemente quieto, y las bóvedas negruzcas que le verán dentro de dos días revuelto en el barrizo de la escoba del chabolero alto.

Ahora, ya no será la mañana para el feo pez de plomo, el pobre exilado de la calada.

Y da dolor, al marcharse, verlo tirado como una madera sobre las losas calichas, desescamado, estéril, grotesco, sucio...

El Parnaso, Año II, nº 28, 15 de enero de 1950, p. 2

Llama la atención en este texto su lejana relación con un relato muy posterior de Quiñones: “El monstruo de mil pesetas” (*El coro a dos voces*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1997), donde básicamente se desarrolla el sentimiento de lástima por la muerte sórdida de la espléndida criatura marina, aquí en “Pez sobre el muelle” puro desecho y en el relato “El monstruo de mil pesetas” una modesta fortuna. Tal vez al fondo del segundo relato (no del primero, por imposibilidad cronológica) esté la huella de *El viejo y el mar* (1952), de Ernest Hemingway, uno de los textos preferidos por Quiñones. Otra relación, aún más lejana, se advierte entre la dolorida reacción ante el pez muerto de este texto y la mucho más dramática de “Nos han dejado solos” (*Nos han dejado solos. Libro de los andaluces*, Barcelona, Planeta, 1980), donde la

reflexión es un monodílogo suscitado por un cadáver humano. De otro lado, observamos que, meses después de “Esperar”, Quiñones ya se ha deshecho de la dulzonería de aquellos textos primeros.

La siguiente viñeta, “El mar recreado”, parte del ambiente de las tertulias poéticas de los jóvenes de *El Parnaso*. La inspiración en episodios autobiográficos acompañó a Quiñones siempre, desde un cuento como “Patos, Berlín, la guerra” (*La guerra, el mar y otros excesos*, Buenos Aires, Emecé, 1966), inspirado en sus andanzas por Alemania en 1960 pero escrito hacia 1963¹⁴; pasando por “La noche toda llena de agujeros” (*El viejo país*, Caracas/Barcelona, Monteávila, 1978), inspirado en sus experiencias durante el Congreso de Poesía en Segovia en 1953; o, ya en el límite, “El regalo (Un relato de no ficción)” (1998), donde cuenta cómo le obsequió a Borges con una valiosa edición del Quijote¹⁵ (1998). Es curiosa la coincidencia en el motivo (“de tierra adentro”) con un poema de estos años de José Luis Tejada, “De tierra adentro” (publicado en *Cruzados* (El Puerto de Santa María), año X, n° 882, 4 de diciembre de 1948): tal vez éste fuera el origen de la conversación a que alude el cuento.

Interrumpiendo la secuencia de “Marinas íntimas” nos encontramos con un cuento de índole bastante barojiana: “La niña del mar”, ligeramente afín a la “Mari Belcha” de *Vidas sombrías* (1900), con la diferencia de que aquí se trata de una niña salvaje, no de una jovencita. El narrador-médico puede estar inspirado en Baroja, o quizá en el propio padre del escritor, don Manuel Quiñones.

OTRO RELATO DE MAR

A mis amigos de “Parnaso” y “Alcaraván”

El pueblecito costero y pescador del Sur de España a que fui destinado al salir de la Facultad de Madrid era casi una aldea, una aldea con pretensiones.

¹⁴ Cf. la serie de artículos “Alemania 1960” (“El Berlín que vi (I)”, “El romántico en su ciudad (II)” y “Breve visión de Hamburgo (y III)”, en *Diario de Cádiz*, 18, 21 y 24 de septiembre de 1960. Reproducidos en Fernando Quiñones: *El baúl del pirata*, ed. cit., pp. 63-73.

¹⁵ “El regalo” se recoge en AAVV: Almacén de aventuras. Once relatos, Cádiz, Fundación Municipal de Cultura, 1998, pp. 21-22.

Acababan de poner el ferrocarril y la presencia oscura del tren que se detenía unos minutos al anochecer en la estación nuevecita, llenaba de cierta prestancia a los habitantes del lugar que se sentían amparados, ennoblecidos, y el paseo en los días buenos discurría en el andén minúsculo con el consiguiente gozo de los viajeros de capital.

Yo vivía en una casita con jardín que daba a la playa abierta situada en la falda del acantilado. En las noches de mayo y junio solía quedarme un rato en una pequeña terraza levantada en un rincón del jardín, fumaba tres o cuatro cigarrillos y por fin me retiraba a descansar. En una de estas ocasiones conocí a la niña del mar. Ahora no me acuerdo bien de su nombre. Creo que la llamaban Tolica, Belica o algo parecido. Pero la anécdota y la hora las recuerdo perfectamente.

Apareció muy suavemente por uno de los exhaustos y salinos setos de boj, sin reparar –la luna escondida- en mi presencia. Yo me limitaba a contemplarla, oculto en la penumbra, con un vago sentimiento de superioridad y misterio. Transcurrieron unos momentos; yo, casi en acecho; ella, menuda y vivaz. De pronto me notó por la lumbre del cigarrillo. Su gesto fue de esos de que hablan los escritores antiguos. De corza, gacela o algo así. Saltando y gritando al aire y al agua, desapareció.

Más tarde tuve ocasión de conocerla mejor. Vivía detrás de los barracones y sus padres eran de tierra adentro. Pero ella era toda mar, la niña del mar. Doce años claros como un charco soleado de la escollera, grácil tensión de junco en su cuerpecillo delgadamente marinero y un resbalar continuo de movimientos cadenciosos de ola y jarcia, aquella niña de la costa, ya casi disuelta en las nieblas del olvido, vivió y murió para el mar y en el mar. Ríos de sal en sus venas se mezclaban con la frescura de su sangre joven y en sus ojillos pardos había un indefinible temblor de algas, cangrejos y vientos de borrasca.

Corría durante toda la mañana por las piedras de bajamar, por el acantilado tinto en sol, por el oro ardiente de la playa, semidesnuda, ingrávida, crujiente de sal y bronce. Al atardecer, cuando la puesta de sol orijaspeaba las dunas de la ribera y las barquitas que regresaban de la pesca ponían sorprendidos acentos blancos en el lomo gris de la cala, su grito de pájaro ebrio coloreaba una sonrisa limpia y fuerte en los atezados rostros de los patrones.

-...sebioooo!!! ¿A que no trae armendritaaa...!?!?

Y era una gloria verla por los barcos, multiplicada y radiante, mordiendo los pescados tensos y repartiendo sonrisas y pellizcos a todos los marineros.

Despedía el sol a gritos desde el extremo de la escollera, nadaba largas horas del día y de la noche y a menudo surgía del agua riendo como una loca, con un gran pulpo de carne estremecida y negruzca. Daba miedo verla en las horas de la baja madrugada trepar por las peñas del cantil y perderse en las grandes manchas de sombra de la playa desierta. Y en las borrascas ásperas, enormes, de diciembre y marzo semejaba una magnífica diosecilla erguida en las rocas haciendo señas de ánimo entre la barahúnda verdinosa de las olas a los apurados pescadores que intentaban transponer la barra.

Pero con los extraños a su ambiente marinerero se mostraba completamente diferente; esquivada, silenciosa, casi hurafía. Alguna vez me acerqué a ella:

-...¡Pero esta niña qué mala es...! El día menos pensado me va a tener que llamar tu padre: “Venga pronto, señor médico, que la tengo muy mala de tanto bregar...”.

Callaba insinuando una sonrisa violenta, con la cabeza muy baja y los pies pequeños levantando distraídamente montoncitos de arena. Entonces, casi con miedo de asustarla, llegaba a pasar la mano por su pelo recio y largo, mientras ella se encerraba cada vez más en sí misma, esbozando al sesgo un leve gesto de intranquilidad, con una sombra desconfiada en la naricilla respingona y en los puntos de sol de los ojos almendrados. Porque no era bonita, no, aquella niña de la mar, aquella Tolica o Belica de la costa. Pero yo le tenía una ternura inmensa.

Desde mi terraza, realzado contra el cabrilleo de las aguas en marea alta le vi llegar. Venía dando tumbos por el camino del cantil, zapateando pesadamente en los baches con las botas de faena. Un ligero vientecico del Norte caracoleaba los picos de las olas y levantaba en la playa desierta tenues sábanas de arena. Era el patrón de “La Virgen del Agua”...

-¡Señorito...! ¡La niña..., la niña...!

En dos saltos estuve con él y en dos palabras me enteré de lo que ocurría. Y eran nuestras pisadas cuatro disonancias absurdas, frenéticas bajo la luna absorta, en un ansia casi feroz de llegar a tiempo a la cabaña de

detrás de los barracones. Pero ya la traían en un jadear sudoroso, casi oculta entre los corpachones rayados de los marineros, más ingrátida, más sutil que nunca en la dejadez niña de su cuerpo tendido. Apenas unas palabras:

-Nunca duerme en los barcos... El patrón del "Anita" subió porque había notado algo raro... La encontró tiraíta contra la borda...Se partió un cable de acero y aquí la traemos... A ver..., a ver...

Me incliné lentamente en mitad del camino. Sobre un chaquetón de agua, de cara al cielo, metí los dedos y los ojos y el alma en aquel trallazo frío que le cortaba el aliento, que le apretaba los párpados, que se la llevaba de mis manos bajo el candor indiferente de las estrellas. A mi alrededor el círculo de cabezas desgreñadas se estrechaba cada vez más. Era algo agobiador. Una vez realizada las primeras tentativas dispuse la trasladáramos a mi casa, que era la más cercana. Tardamos más de una hora porque se quejaba débilmente y teníamos que descansarla. Por fin llegamos. Yo no me sentía y cada vez la sentía menos. El cable la había roto por dentro cortando en dos el equilibrio gigantesco de su vida. La niña respondía a la llamada eterna, inexorable del mar, de su mar.

No quiero recordar el momento en que me detuve y me desplomé junto al lecho, perdida toda esperanza. El ligero Norte se había remansado y el silencio de la noche pesaba como un plomo infinito sobre las personas y las cosas. Y fueron pasando las horas en un vaivén de esperas y esperas. Pronto se insinuaron por el horizonte los primeros rosicleres del alba tiñendo vagamente las alturas y concretando en la alcoba perfiles y gestos.

Una vez más me incliné sobre la cama. Parecía dormida. Pero en sus ojos entornados había algo, algo que no podía decir pero que yo comprendí. La tomé con toda suavidad y la suspendí en mis brazos. Seguido de la extrañeza de todos crucé la estancia, abrí la puerta y salí al exterior. El sol estaba a punto de aparecer y sus alados mensajeros de luz recorrían las salas del aire renovando la vida y el viento.

El mar batía lenta, perezosamente, contra las rocas de la escollera y desplegaba sus larguísimos abanicos de espuma en la playa abierta. Tendí los brazos y le ofrecí la visión del paisaje. Y se apagó con el mar en los ojos, casi sonriendo.

Que Él me perdone, pero por un momento me sentí Dios.

La voz del sur, 13 de noviembre de 1949, p. 2

Tras este inciso semibarojiano volvemos a las "Marinas íntimas":

MARINAS ÍNTIMAS
EL MAR RECREADO

A Noel Clarasó

Al doblar las cuatro y casi diariamente allá nos vamos. Por el aire salino, nuestros versos, nuestras discusiones y nuestros enconos musicales y literarios.

Ella siempre indiferente, múltiple, hermosa. Nos conoce bien, ha visto mucho de todo y ya nada la turba, a no ser el pícaro viento de bolina que se le encaja de golpe, rizando inquieto su piel dorada y verdosa.

Y por ella, por la incomparable Caleta gaditana, van y vienen los cabos sueltos de la tarde, de los endecasílabos y de mi deseo transmarino, surtido vigorosamente de la contemplación del mar...

-Si yo hubiese nacido tierra adentro...

Porque suponer la impresión, la gigantesca impresión de descubrir inesperadamente al mar, abierto y entregado, ha bastado de por sí para re-crear en mí, inusitada y maravillosamente, un Océano sorprendente, exótico e infantil, visto desde unos ojos no elásticos ni marineros sino labradores y tensos desde un horizonte de tejas retostadas. Y las conjeturas imposibles del mar re-creado se agolpan, se atropellan, se crecen en su nostálgica impotencia...

-...viniera yo por aquí, por esta Caleta dorada, caminito del faro piadoso y anacrónico. Viniera yo con los ojos vendados y me arrancaran de un tirón el pañuelo. En el verano, en la redondez frutal del verano tendido. Cuando al doblar las cuatro empiezan a regresar las barquitas de la caballa y los niños desnudos corren y gritan por la ribera y las espumas y la concha alegre de la Caleta se recoge en sí misma para beber toda la gloria de la tarde que empieza a rendirse...

Y el inefable deseo de la cuna dura en unas parameras de Soria o Ávila o en las cresterías de una sierra andaluza se multiplica, rotundísimo y frágil, en la maravilla viva del mar re-creado.

Porque la tierra, no. La tierra es nuestra y nosotros somos de ella. Tuve ocasión perfecta de comprobarlo. Muy niño todavía, pero estas cosas no engañan. Llegamos de noche a un cortijo situado en el recinto del moruno y admirable pueblo de Alcalá de los Gazules. Iba dormido y no reparé en el ruido de la portezuela del taxi ni desperté cuando, en brazos de un familiar, fui conducido a la cama. Al momento en que el sol de la mañana alumbró las cales de la habitación, olorosa de peros y aceitunas, corrí a la ventana. Las crestas de la serranía, los valles húmedos y tiernos, las campanadas lentas de la ermita perdida entre los sotos y los humos verticales, místicos, del día sobre los ganados y los hombres, empequeñecidos en las brumas doradas y en las lejanías titilantes, se abrieron por la vez primera ante mis ojos. Grande y maravillosa sensación plural. Pero, ¡cuán poco sorprendente! Porque todo aquello me retumbaba por dentro en la antelación evidente de la carne y la tierra y en la solidez entrañable de los barros hermanos. En cambio, el mar, este mar tornadizo, diverso, multiforme, indefinitivo, nos ofrece siempre la dimensión inquietante y hechicera del entrafiamiento material. Me acuerdo de los versos de Federico incipiente y los hago míos en la paz de los cielos y en el temblor perenne de las aguas...

El mar sonríe a lo lejos.
Dientes de espuma.
Labios de cielo...

mientras torna y repica, susurrando, la “mariposa no prendida” del infinito deseo en el mar recreado y van y vienen en los oros del sol los cabos sueltos de la tarde y de las discusiones musicales y literarias. (-Mira que si yo hubiese nacido tierra adentro y ...).

El Parnaso, Año II, nº 29, 1 de febrero de 1950, p. 2.
La Voz del Sur (Cádiz), 26 de febrero de 1950, p. 3

El texto resulta doblemente interesante porque recoge la influencia que por entonces ejercía en Quiñones Federico García Lorca¹⁶, y porque además ayuda explicar qué significa para un jovencito de entonces el mar: la llamada del espacio, de la aventura. El texto debió gustarle especialmente a su autor

¹⁶ Véase, en *El Parnaso*, su homenaje al granadino: “Teoría y milagros del `Traductor inefable” (Año I, nº 13, 1 de junio de 1949, p. 1), que en parte reproducimos en nuestro artículo “Tusitala (En torno a los relatos breves de Fernando Quiñones)”, en *Fernando Quiñones. Crónicas del cristal y la llama*, Ed. A. S. Pérez-Bustamante, Chiclana de la Fra. (Cádiz), Fundación Fernando Quiñones, 2002, pp. 151-152.

porque lo publicó en dos lugares distintos casi a la vez (práctica bastante habitual en los escritores profesionales, más aún si son periodistas).

Saltando de publicación, *Alcaraván* ofrece una marina íntima dedicada al trayecto de San Fernando a Cádiz, un tema que por lo demás ya aparecía en *Marinero en tierra* (1925) de Rafael Alberti.

MARINAS ÍNTIMAS
DE SAN FERNANDO A CÁDIZ

Para Julio Mariscal, Rafael Pérez Mayolín,
José y Jesús de las Cuevas, de “mi” pueblo

De San Fernando a Cádiz hay diez millones; diez millones y tal vez más. De “bocas”, camaroncillos pardos y tremendas nostalgias marineras.

Es que me canta tan en la masa de la sangre esta plural, infinita emoción del mar: el mar y la tierra; el mar y la alegría estallante; el mar y la nostalgia imposible; el mar y la pena magnífica. Qué interminable letanía salada...

La costa interior de San Fernando a Cádiz, veredicas quietas junto a los caminos de la bahía, es desolada y grasienta; apagada y sorda de viejas carcasas a medio sumergir; armazones, máquinas y calderas que tiemblan en la marea ascendente, mansa, con un apagado latido, entre las arenas y las algas malas y las rocas con herrumbre; melancólica y parada de bancales de limo gris y escurridizo, como enormes delfines inmóviles; picada de cables añosos y conmovida de grúas y martilleos; inmensamente triste, con esa tristeza pobre y estéril de paisaje práctico.

Muy de tarde en tarde, el clásico perfil de algún pescador de barca, bien curvado sobre el plomizo fulgor de las remadas, quiere darnos la estampa presentida, exacta, específicamente gaditana y marinera. Pero no puede con todo el peso de los contornos varados, muertos, y se aleja en busca del mástil fresco, la vela y los rompientes.

Al otro lado, la breve soledad arenosa, por las ondulaciones de la playa abierta, canta el agua su cantar más duro y limpio, relumbra el guijo de nieve, vibran los blancos y los azules, suena la roca fregada y vense los abiertos brazos de la mar llena, entregada, purísima.

Alcaraván (Arcos de la Fra., Cádiz, nº X, 1950, pp. 14-15)

En marzo de 1950, recién creada la nueva *Platero*, las “Marinas íntimas” colonizan este nuevo espacio. La semblanza primera lleva implícito un tema constante en Quiñones (la prostituta portuaria), si bien aquí de fondo, y la segunda un tema muy raro y sofocado en sus escritos (la añoranza de la madre). Nótese como en el título del texto confluyen las dos intenciones acumulativas del autor: las explícitas “Marinas” y los implícitos “Retratos”:

MARINAS ÍNTIMAS
RETRATOS AL CARBÓN

Diego, el redero

Diego el redero es algo duro y debe saber casi todas las cosas de la mar. Siempre está a punto para deshacer los enredos de las artes y animar, al paso, a los trabajadores quebrados de las cinco y las seis de la madrugada del Señor, crecida de nieblas y golpetazos.

A Diego le gustan mucho las mujeres, las tristes mujeres de los cafés del puerto y las chabolas podridas. Siempre, después de la venta, le veo con alguna, redorado contra la tardecita humilde, perfectamente serio y balanceando sobre las losas del cantil su importante y cansada hombría de mahón y brea.

Otra de las aficiones de Diego es la de correr en la lonja a zancada suelta y grito limpio detrás de los golfetillos rondadores. Si alcanza a alguno, le derriba de un manotazo y se vuelve, sonriendo.

Pero cuando Diego está mejor es cuando hay que levantar un peso demasiado grande. Cuelga el cigarro de la boca picada, aparta paternalmente a los doloridos hombres y hala de una manera suave y decisiva. Luego, bondadoso, enseña su diente de oro y se aleja firme –clap, clap- chapoteando por los charcos malos.

Mujer en el mercado

La mujer blanda y avejentada busca, en un rápido revolar de sus ojillos grises, el que ha de ser su puesto.

Cuando lo ha encontrado se clava en él, refaja a la oscura chiquillería y pelea durante cuatro o cinco horas con los vendedores, con el delegado del mercado, con los cabeceros.

Tendrías que verla, temblorosa y estallante, ceñida de gritos y manoteos, retemblada de hierros y sudores y sobresaltando con sus vientos a las gaviotas más lejanas.

Pero nunca, nunca la veáis abestiada y ocre. Entre los potros y la pólvora ha de asomar siempre una mano. Entre los fuegos y los ganchos ha de surtir siempre una carnegilla noble y tierna.

Madre.

Y adivina, adivinanza de dónde ha de venir la vida.

Platero (Cádiz), 1ª época, marzo de 1950, pp. [7-8].

El siguiente texto es absolutamente emblemático del imaginario quiñoniano, como ya tuvimos ocasión de defender¹⁷: es la imagen de los sorollescos niños desnudos bañándose en el mar, que para el autor es imagen del paraíso de la infancia, de la Edad Dorada. Aparece en un número de *Platero* en que va otra “Acuarela gaditana” (“La Goleta”), ahora de Francisco Pleguezuelo. El texto es muy bello y tendrá resonancias a lo largo de toda la extensa producción del autor. También es reseñable el apóstrofe al lector en una línea ya bastante afin a lo que sería el realismo social en poesía, pues se apela al “artista” para que desciende de los empíreos estéticos y aterrice en la hermosa realidad del mundo humilde y natural:

MARINA ÍNTIMA LOS NIÑOS

Hoy, como todos los años, como toda la vida, han vuelto los niños a la humildad de las playas chicas y pobres, salpicadas aquí y allí en derredor de la topografía urbana.

Al sol rodado llegan los niños. Vienen en bandadas, en racimos, a borbotones. Gritan, cantan, nadan. Y nunca se fatigan, no. Que siempre hay, de ellos, un relevo gozoso de carne joven y temblorosa. Gritan y cantan,

¹⁷ Cf. Ana Sofía Pérez-Bustamante Mourier: “Tusitala (En torno a los relatos breves de Fernando Quiñones)”, art. cit., pp. 137-174.

nadan, se enarenan y enfangan los cueros tostados, surgen de la zambullida relimpios y espejeantes, al sol.

Tú, el artista. Te digo que vengas conmigo, abandonando por una mañana estival las dulces perezas del turismo y vengáis a sudar conmigo, por ver a los niños bañistas, en el lucir de las playitas indigentes, insolventes. Empolvaremos los zapatos por las colinas ferrosas de junto a la estación y avanzaremos por el caminejo de “Los Bloques”, frontis melancólico del muelle pesquero. Aquí están los niños, los sorollescos niños bañistas. Gritan, nadan, cantan. Les veremos -qué dolor- picardeando hombrunamente con tufos y dichos de “persona mayor”, golpeándose las nalgas a la carrera para jugar a aquello del “muchachito güeno”, saltando por las piedras soleadas y brincando al agua honda y verde desde los cementos rizados al “avión” y al “tío globo”...

Tú, el artista. Te digo que vayamos a ver a los chiquillos de Sorolla, mis niñitos, ahora felices, mis niños pobres. Al volver la espalda, oiremos con toda claridad el eco melancólico de sus últimos gritos por los recovecos de la costa, parada en la mañana joyante y erizada de humaredas y herrumbres y mariscos malos...

¡goaaaá...!!!

Platero (Cádiz), 1ª época, nº 35, julio de 1950, [pp. 21-11].

Muchos años después, cuando Quiñones publica “El baile”, que primero apareció en versión reducida en los *Cuadernos Hispanoamericanos* en enero de 1995 y ampliado llegó a *El coro a dos voces* (1997), volvemos a encontrar a estos niños, con la diferencia de que ahora uno de ellos es el autor, apenas enmascarado en su *alter ego* Joaquín Quintana, y con la diferencia de que la vejez ennoblece y mitifica el paraíso perdido de la infancia. Así, en el recuerdo, pasada la pobreza de los años duros, sólo ha quedado la niñez, el reino de la imaginación y de la libertad:

Volvió a ver aquel taxi que se caía de viejo, los escalones largos de la iglesia, la plazuela en el claror lunar, todo un tiempo de absoluta libertad presidido por el mar, los amigos, las calles, los libros. Rememoró, yéndose mucho más atrás, una azotea con un tinglado de tablas resacas colgado al sol y convertido en cabaña polinésica sobre playas jamás pisadas por el Capitán Cook, y se recordó de niño, de mozuelo, brincando en cueros al mar por el aire tórrido

desde bloques de cemento, abrasados y amontonados frente a barcos de pesca (*El coro a dos voces*, ed. cit., págs. 291-292).

Y antes de “El baile”, en el poema que se titula “74 a.C.: Marcio vuelve de la Caleta en Gades”, que se incluyó en *Las crónicas de Hispania* (Granada, Ayuntamiento de Melilla & UNED, 1985), encontramos lo que de manera mucho más general, quintaesenciada, significan aquellos cuerpos jóvenes resplandeciendo en el mar bajo el sol:

No te argumentes que a un costoso
precio de vejez torpe y forzadas templanzas
vivirás otros días en que el mundo
se te aparezca algo más firme,
cosa estable, tocada de sentido. No.
Ahora y para siempre confórmate
sólo con su hermosura, escapadiza
como la de los rostros, las espumas y cuerpos,
la luz del mar y la de esta tarde
que dejas y te deja¹⁸.

Salta a la vista cómo una misma vivencia perdura transformándose en una viñeta lírica del 50, un poema del 85 y un cuento memorialístico del 95.

Del mismo mes, julio de 1950, es la siguiente marina. Aquí, el hecho de inspirarse en viejos documentos, degustando la antigua retórica de la mar, nos recuerda al Quiñones que muchos años después escribiría *La canción del pirata* (1983). El título de la viñeta, por otra parte, anticipa el del poemario *Crónicas de mar y tierra* (1968), donde también se inspira el autor en un collage de discursos de distintos tiempos y lugares.

MARINAS ÍNTIMAS PAPELES DE MAR Y TIERRA

Para los señores José Manzano, Antonio Ristori,
Vicente Lloret y Orestes J. Redondo, con todo afecto y respeto.

¹⁸ “74 a.C: Marcio vuelve de la Caleta en Gades”, en *Las Crónicas de Hispania* (1985), recogidas en *Libro de las Crónicas*, Madrid & Jimena de la Frontera (Cádiz), Hiperión & Ediciones OBA, 1998, pág. 320.

Aquí está, aquí canta, aquí aflora la flor de la Marina. Cruje el oro viejo de los pergaminos y empieza a antebirse todo el sábado tranquilo con el perfume añejo de sus tintas, sus caracteres, sus decires...

“...siendo V. G. mal amigo de prisas, riesgos y monedicas al aire y encontrándose el capitán don Eloy Álvarez con las fiebres del trópico desde ha cinco días es por lo que he resuelto dejar ésta su nave nombrada “La Gloria” por tres fechas más en el muelle de La Habana y hasta que los temporales de mar adentro se acaben y apacigüen, punto y hora en que será continuado este viaje de la canela para los puertos de Cádiz y Sevilla, con la ayuda del Señor. Lo que firmo y señalo en aguas de La Habana, siendo el día quince de octubre de mil seiscientos cuarenta y tres. Laus Deo”.

(Qué mal se avienen estas cartas antiguas, tan rizadas, tan ausentes, con el metalismo apresurado de la máquina de escribir, con el dorado lustror joven de la mesita novedad y el áspero bullanguero exterior de cables y tranvías, émbolos y ruedas...)

Las cartas del viejo contra maestre de Indias –señor Pedro de Zúñiga y Tavera, español, a quien Dios guarde en un cielo especial de jarcias, tintoreras y ventolinás- forman un regular envoltorio del tamaño de un recién nacido y guardan para quien las conozca y aspire una también recién nacida sensación única, con la altísima magia de encendernos la sangre voladora a los hijos de la espuma y aventar en los hombres de bancal y rastrojo una indecible ráfaga de algas, cangrejos y timones ignorados.

Las cartas del contra maestre de “La Gloria”, magnífico trotamares, están signadas y fechadas en los puertos de Sevilla, Santo Domingo, Liverpool, La Habana, Cádiz, Londres. Todo un mundo pasmoso y exótico se aprieta y bulle en la tostada ligereza de los pliegos bajo la mirada estática y fiera del delfín o sirena grabados toscamente en sus extremos superiores. Hay un halo de aire destejido sobre los viejos papeles de mar y tierra; un halo seguro y casi corpóreo porque las cartas nos huelen todavía y la variedad de sus olores espectrales nos llega en las noches mojadas y quietas. Debemos retener los pulsos y oprimir los latidos del corazón para percibir, entre el silencio, los lejanísimos alientos: alientos bravíos de selva, de maderamen, de negro, de especias. Y hasta da miedo. Aquí el desgarrón oscuro de un beso cubano de medianoche, bajo la lunaza roja y caliente, la pulpa dulzona del aguacate y el mango, el sople bestial del galernazo atlántico, el licor y los sudores de los veranos podridos, los filos acerados de los Diciembres y los Eneros altamarinos, el grito exultante de la floresta tropical con papagayos y monos y flores de dos metros y solanas de sangre viva, la cox de la marea

cantábrica, las nieblas, las calmas, las penas, las alegrías. Todo desvaído, esfumado y en un fondo heroico de alto galeón empavesado.

Y la idea del imperio, que no conocimos sino en las ingenuas ilustraciones de los libros de texto y en nuestro propio presentir, el imperio dejado ir enseudamente, fríamente, “igual que de las manos las arenas”, se abulta y remueve en las más hondas raíces de nuestra carne y nuestro espíritu. Patria. Patria de pavés y bandería, de pica al viento, de sol perenne.

Aquí canta y aflora la flor de la Marina. Hojeemos ahora, hermanos, sus atezados pétalos...

La voz del sur, 23 de julio de 1950, p.3

La siguiente “Marina íntima” está ya en la segunda época de *Platero*, junto con otra “Acuarela gaditana” (“La Virgen de la Palma”) de Serafín Pro Hesles. El apóstrofe a “mis amigos”, así como la autorreferencialidad (“Fernando Quiñones”) nos traen a la memoria poemas de José Hierro en especial (como “Una tarde cualquiera”, recogido en *Quinta del 42*, de 1952):

MARINAS ÍNTIMAS EL DESHEREDADO

Aquí, en esta marina lista de bienandanzas, no figura con su nombre más que un desnortado muchacho de ribera, me dirá alguien.

Ahora veo muy bien que no soy más que un desheredado de la mar. También a mí, como al laúd carbonero de Alberti, me odia la sirena y el pez espada me clava hasta el final su lento pico gris.

Yo no sé si lo merezco. Acaso quebré con excesiva despreocupación las espumas playeras del verano. Quizás aquella noche de temporal magnífico no supe acudir al magno espectáculo de las patadas frescas. Tal vez escribí demasiado torpemente de todo esto tan grande.

Fernando Quiñones, mis amigos, ha estado a punto de emprender largas y emocionantes travesías por sus mares de su alma. Un allá voy con ancladas en El Havre, Londres, Santo Domingo y Nueva York. Y en un velero, mis amigos: grande, desplegado albarmente sobre los meridianos como una estupenda burbuja.

Miren qué dolor más alto éste del muchacho que iba a hacer un viaje larguísimo y se quedó en tierra viendo correr los cirros por lo triste de la dársena.

Ya estaba todo pensado. Gozado. Almado.

En El Havre de la Francia ¿hay alguien que pueda decirme lo que me hubiera esperado? Seguramente, muchísimo desencanto y tristeza.

En Londres, la bocanada amarga y oscura de un perro de niebla.

Al pasar luego de un brinco toda la extensión profunda habría un estrellar de delfines corriendo bajo las vergas; lo recomendable es acodarse en las bordas superiores como al desgaire para que el viento del Señor le pueda soltar a uno clásicamente los cabellos crespos. Descalzo, junto a las barandas blancas, ¡qué bien baldear y trepar y vivir para luego!

En Santo Domingo de América –caliente oscuridad- se hubiera estado tres fechas mi navío.

(Aquí no hay más que un pobre desheredado).

Tengo una amiga joven a muy pocas horas de allí: un pedacito de trescientos cincuenta kilómetros: esto

en la escala de Justus Perthes...

Demasiado pronto, yo le dije con urgencia de cariño y sellos: *“Vendrás hasta mi. Estaré en el café más concurrido del puerto, con tu fotografía sobre la mesa”*.

Habría llegado –y quién sabe si antes de la cita no corrió al portalón- bajo lámparas chinescas y loros dormidos, escurriendo entre la clientería exótica su traza fina. Y allí, nada. Ni una palabra. Apenas, un gesto dichoso. Todo, en un banco coronado de palmas con turgente arena y rubios luneteos al fondo y alguien pasando sin ruido como a cincuenta metros.

Pero aquí no hay nada más que un vulgar desheredado.

Un simple desheredado al que sólo interesa Nueva York como punto impar de sentido humano y teológico. De español uniforme ribeteado – rojo en las bocamangas, austero gris interior- bien poco tiempo que iba a

derrochar levantando unos asombrados ojos a las altas cúpulas. Hay mucho que sentir allí. Se debe andar por entre tanta promiscuidad sintiéndose y sabiéndose más masa, más oscuro y grande. Más de Dios.

-Aquí, en esta marina lista de bienandanzas no figura con ese nombre más que un desnortado muchacho de ribera, me dirá alguien cualquier día, antes o después del trance mayor.

No hay quien pueda con todo esto que tengo ahora mismo. Alguno de estos días negros me verán aparecer los quietos pescadores. Flotando a merced de las corrientes. Sin que nadie haya podido evitarlo. Cumpliendo con absoluta seriedad mi vocación; esta vocación modesta y tremenda de desheredado de la marea. Surgiendo mudamente de los reflejados cirros de la dársena. Porque para ahogarse tan bueno es un fondillo limoso al que lleguen los impasibles pies como la fosa del Planet, en aguas de la isla de Mindanao...

Aquí no hay más que un maldito desheredado.

Platero, 2ª época, nº 1, enero de 1951, [p. 15].

Nos llama aquí la atención el doloroso afán de salir y viajar de Quiñones, que no tardaría en marchar a la capital, y su homenaje a Alberti, un escritor entonces muy prohibido, y “desposeído” de su paraíso infantil. Como pequeña variación tenemos el “Retrato del artista ‘Boquerón’”, otro animal de la fauna del litoral que en este caso hace familia con los desheredados, mendigos, vagabundos, locos, borrachos y afines de los cuentos de posguerra (sin ir más lejos, ese “Manolo el tonto (Pequeñas biografías)” que publicó en *Alcaraván* en 1951 -aunque desgraciadamente no poseemos el texto). Se nota la tersura de una prosa que recrea el habla popular sin regodearse en un narrador barroco (al estilo de lo que hacía por entonces J. L. Acquaroni), y se nota una mirada mucho más cordial y menos deformante que la de un Camilo José Cela. Quiñones mira a sus personajes con una ironía cordial que sale de su forma de ser (no se olvide que “el estilo es el hombre”):

RETRATO DEL ARTISTA “BOQUERÓN”

Por más que no. No vayáis a buscarle al café del puerto, al cubil oloroso que le viene dando cobijo, alas y aletas en el terradillo alabeado. Ni de atardecida, cuando vuelven las barcas de esas mares de Dios y “Boquerón” tiene mucho trabajo, mucho que hacer y que rondar. No. Id a

verle, id a verle en medio de la noche.

“Boquerón” asomó la cabeza el día tres de Mayo de mil ochocientos noventa y cuatro. “Boquerón” viste mal, pero con gracia. “Boquerón” es pardusco y lejano: parece como si una nebulosa le envolviese de continuo y que nunca está uno a su lado de verdad, como si un aire amarillo le cercara y anteciediera.

“Boquerón” es vinagrón sin maldad y la cetrina chavalería del pescado se lo sabe de memoria. “Boquerón”, en medio de todo, es una malva.

-¡Boque, con las borracheras!

Este hombre es una gran cosa y uno es su amigo; le conoce bien y responde de él y de sus arrancadas.

-¡Boque, chato!

Crujen los trapos del hombre en la tensión y suena la piedra sobre el bidón vacío o las losas húmedas mientras vuela el ratón insultivo y vuelve el artista, con la gran nariz al viento. Ah, no, no; mi amigo no sabe tirar piedras. Algunas veces, la cosa se pone de dar pena.

-¡Boque!... ¿y la Trili?

En bebiéndose dos vasos, empieza este gran artista a hacer y decir cosas buenas.

-El día que yo trinque a uno de estos niños vainas me voy a hartar. ¡Vaya tela! Cuidado con esto: un hombre como yo, un tío extraordinario sirviendo de choteo a cuatro pijotas que no tienen ni media guantada. Con lo que yo he visto y con lo que yo he pasado y con lo que se ha montado en coche éste que está aquí... ¿qué, qué?

“Boquerón” es un artista y va a lo que cae. Si hay exportación, cobrará unos duros y al día siguiente beberá un litro de vino. No para nada, sino para bienhacer sus cosas de artista grande. Para vestirse de alegría y zapatear por ahí, contando mentiras y dando pesetas a los chicos.

“Boquerón” duerme mucho. Es costumbre sana, dice. Cuando corre el Norte y el artista no tiene nada que hacer se va a Correos y se duerme en pie junto al radiador del rincón. Crujen pasos, charlas. Pasan hombres y

suenan puertas. Duerme el artista. A veces habla alto. Duerme también en las pilas del pescado: es un verdadero artista.

-Ahí se va a morir, dice el vacuno pescador que vuelve de madrugada al “Joven Juanito”, al “Reina de Bouzas”, al “María del Mar”.

“Boquerón” es un consumado artista: no puede morir así por las buenas. El sueño le hace dar vueltas en las colinas de pescado como leño en el agua, mismo leño que es él en las horas. Sin despertar nunca, alarga la mano y se almohada un puñado de pescado y dice:

-Olé el mundo.

Sobre redes, tablas, cantos, arenas, duerme el hombre.

“Boquerón” báñase de Marzo a Octubre. Allí nadie se mete con él. Desnudo, permanece en el agua diez minutos a lo mejor. Siempre hay un corro de ojos fijos en su incomparable resurgir. “Boquerón” esplende entonces de señorío y moderadas aristocracias de superavezado. Nunca vuelve a manos vacías. Trae un pulpo, un sapo, un ramajo misterioso de los hondos hondos, de los que al tocar el aire se desmayan y pliegan, perdiendo toda su lánguida belleza. Trae piedra que dormía o pella de negrísimo limo. Trae un mirar encarnado y altivo, lleno de realeza impertérrita.

“Boquerón” es gran artista. Figurón, magnífico figurón de ambiente para estarse en la boya de la punta, junto al cantil extremo.

“Boquerón” sabe que yo lo aprecio mucho y que siempre le estoy dando cigarros.

Platero, 2ª época, nº 5, mayo de 1951, [p. 7].

El siguiente texto que encontramos en *Platero* no se acoge al marbete de “Marinas íntimas” pero es una semblanza afín, algo más tendente al relato de retratos entrelazados. La escasez de acción, la vividez de la escena en el tiempo concentrado, nos muestran que estamos en los predios del neorrealismo.

POSTAL DE ANTONIA “LA GRANDE” Y DON JESÚS, EN EL CAFÉ
“LA BELLA SIRENA”

Antonia “La Grande” tuvo una abuela tremenda, y de ahí el dicho.

Ella no es grande. Su madre, que descansó hará mañana dos meses, nieta de “Tornillo” y prima hermana de cuatro mil pescadores, tampoco fue una gran cosa. Antonia es madura, blanca y rellenita; tiene cuatro chicos que entrecortan y mosquitean las veladas del crepúsculo en “La Bella Sirena”, café de Cádiz.

-Niños, niños...

Antonia vive del muelle. Se trae un honesto, un laborioso trapicheo con el pescado; compra las cabezas de merluza, las gambas partidas y tristísimas, las bellas, coloraditas, casi inútiles chascas. Hay que vivir.

Sale el sol por los cielos, ahuyentando por las grúas y los mástiles una lunita portuaria, aterida de sales y sucia de hollines carboneros. (Pito, ten siete reales y vete ya por el pan). Brama el mediodía bronco, sudoroso, por las velas y los remos y los cabos centelleantes. (¡Manolín! Este hijo mío... Venga la vuelta del dinero de los papeles del consumo). Y pinta un sol de membrillo el aire, un sol último y desesperado que procura mantenerse en los banderines, un solecito que no quiere caer. (Toma, niño, vete por otra caja de hielo, que va a hacer falta. O si no -¡espérate!- déjalo. Y si te viene corto, le pides media caja al “Ratón”. Que ya se la mandaré yo mañana). Y achucha el viento negro las bombillas penduleras, mientras lloran los carros del pescado, en alto crujir nocturno de pesos y tablas, camino de la estación, llena de voces y faroles. (Déjamela, tú. Déjame el kilo en dos pesetas y me llevo las tres cajas. Pepe, echa una mano).

Vivir. Hay que vivir.

-Niños, niños...

Don Jesús, de generoso vientre y exquisitos modales, estuvo en la América. Habla pocas cosas, pero importantes. Cuenta cuentos, historias de mar y ultramar. Es un caballero respetable, y ejemplar la dignidad suprema, el decoro sumo con que viste su traje de espigas anchas, lleno de adioses y pellizcos, y con que calza sus botas horadadas, quebradas, las mismas que enseña en la mano al primero que de zapatos habla.

-Éstas sí son buenas. Mire usted, ¿ve usted? “Zapatería del Trópico. La Habana. Cuba”. La mejor de allí. Veintiocho años tienen. Muy buenas, muy buenas...

Don Jesús se sienta, todas las tardes, contra la pared, en la butaca de brazos lirondos y relucientes. Antonia se queda con el lateral interior, para

dar cara al mostrador y a la puerta, y ver quién entra, quién sale, quién pide seis valdepeñas y quién se ríe tan fuerte. Don Jesús, dice, va al reposo: Antonia parla tratos, ventas, embarques. Hay que vivir. Antonia dice que no al “Tonti”, que sí al “Churringui” y que tal vez a Manolito Senabres. Don Jesús pide el “Diario de Cádiz”.

-No-ha-brá-paz-en-Co-re-a. ¡Anda! ¡Vaya de la playa! Toma conferencias y juntas y cosas; vengan papeles y firmas y líos... ¿No te digo? ¡Si esto es gracioso! ¡Esto tiene hasta gracia! Pues ná. Que el día menos pensado la tenemos encima... y a base de bien. Porque es lo que yo digo y lo que dice el Truman; que esto no puede seguir así. De ningunita de las maneras.

-Ay, qué miedo.

-Ayer cogieron en el Norte un golfin de más de una tonelada.

Don Jesús y Antonia, Antonia y don Jesús, todas las tardes, hilan en “La Bella Sirena” el hilo más o menos desdichado de su vivir, de su ir tirando. El recuerdo y la charla son el alto dúo, mantenedor de don Jesús. La mirada ansiante, la triquiñuela repetidísima y superimportante, el real de más o la peseta de menos, colman y cumplimentan las horas de Antonia “La Grande”. Como una traca continua y maravillosa, estalla en rededor la vida.

-Niños, niños...

-“Zapatería del Trópico. La Habana”.

Flamea en el airecico salino el horrendo altavoz del gramófono con el disco de Luis Candelas por Pepe Blanco; la palabra fea, amasada y redonda en días y años, completísima y perfecta; el doloroso patalúm del carro; el llanto del niño y el ladrido del perro ése. Huyen, de una forma insensible, canallesca, sutil, las hojas del almanaque, con pintura y anuncio de una casa de efectos navales. En medio, siempre, Don Jesús y Antonia.

-Niños, niños...

Platero, 2ª época, nº 9, septiembre de 1951, [pp. 14-15]

El motivo del “golfin” o delfín, de la familia de “pez en el muelle”, lo veremos en un cuento posterior de estos mismos años que más adelante

incluiremos, de modo que constituye un hilo o nexo argumental entre lo que podrían ser capítulos de una especie de proyecto en ciernes.

Un poco más adelante nos topamos con “Esto pasa a las siete”, donde, aparte del apóstrofe a los “compañeros” y más allá de la inclusión novedosa del personaje autobiográfico del escritor en la crónica, destaca la visión en simultaneidad de las cosas que pasan en un mismo lugar a una misma hora (las siete). Algo pudo haber influido en esta técnica el Camilo José Cela de *La colmena*, a quien mucho admiraron y que les patrocinó el Premio Camilo José Cela, que el 31 de julio de 1951 le fue concedido a José Luis Acquaroni por su relato “Soy de la Luci y de...”, posteriormente titulado “Azul cielo”.

ESTO PASA A LAS SIETE

Se escribe con la sangre, compañeros. Se escribe enteramente con la sangre.

Y sucede que al despuntar el alba por los balcones del puerto, alba no pura ni muchísimo menos, alba enmohecida y enferma, como parida compromisariamente por deber de grúas y vapores, ocurre, digo, que sube a misa, por el compás de Santo Domingo, la señora y muy señora doña Manuela Mateos y Alerce, que ronda ya los sesenta y es viuda de un capitán de fragata que se llamaba don Ladislao y fue amigo de mi tío Pedro y anda por tierras de morería, en ella revuelto y confundido desde lo del Gurugú.

Las cosas.

Primero es un golpe seco y rápido, como de tanteo; luego, tres o cuatro bien fuertes, casi brutos. Los justos para que restallen las puertas del acreditado establecimiento “La Nueva Asturiana” y su soñoliento propietario, montañés y más bien triste, prorrumpa al frío acompañado de un conmovedor temblaque de maderas con vidrio. Porque es que muy pronto empieza a llegar la clientela. Epifanio, el montañés Epifanio, no se acuerda nunca de nada. No se acuerda de las cosas ni de las personas. Se le olvida todo corriendo.

Y es que no somos nadie.

Ni aunque sean, como ahora, las siete de la mañana. Bonito es vivirlas en pie. Mucho más bonito, si se ha pasado uno la noche embarcando camiones y camiones de pescado para que se lo coma la gente de Madrid, que debe ser una ciudá grandísima.

Algunas veces, antes de hacerse un algo santa con el helado amarillear de la mariposa que alumbra en el umbral al bendito, la doña Manuela tiende la vista. Hay una chimenea delante, una chimenea de un rojo sucio, enorme de alta. Pero algo se alcanza y piensa la señora que es cuestión de acordarse un poco también de esos hombres del pescado que deben estar pasando un calvario con la humedad que corre y la máquina del tren echando candelas, ahí abajo...

-¡Ay, Señor!

Pero no. No hay mucha pena, salvo ésta de escribir con sangre y más que con sangre. Las cajas para el tren -¡toma castañas, Ramón!- pesan lo suyo y, además, este del pescado es un trabajo que come mucho. Pero ya está hecho. Y por la tarde van a entrar el "Monseñor" y el "Majestad" con más de trescientas cajas; habrá lucha y pesetas, gracias a Dios. Las cajas se ponen en los vagones en pilas de a cuatro. En la última se proyecta un alegre regodeo, un primoroso y lento recrearse de quienes la cargan y saben la cosa terminada; por simpática, se coloca muy en su sitio y se la da un tierno sopapo de adiós, igual que a una tranquila criatura. Y a tomar café. Si ha llegado ya la gente de los cocederos pues, haciéndolo con gracia, se hala de un clavo, por el pico del bulto, y se guarda uno seis o siete gambas "padrón"... ¡De las de anuncio!...

Son las siete.

Es la hora en que se despierta Juanita, la muchacha que vive al otro lado de la urbe, y se vuelve a dormir sin caer en la cuenta de que ya se ve claro y de que su balcón da al mar; unos álamos, y el mar por la parte de América, con media provincia a la vista. Es la hora en que se relevan los carabineros, en que se retira el tunantón que sin embargo las quiere; en que suenan mejor los árboles de los paseos, en que roban dos tuberías de plomo en un patinillo de La Viña, en que se acuestan los operarios llameantes del tranvía y el trolebús, en que se escribe con sangre, lo que no es, por descontado, ninguna novedad.

Esto pasa a las siete.

Platero, 2ª época, nº 12, diciembre de 1951 [p. 11]

Aún no había descubierto Fernando a su “alter ego” Joaquín Quintana, pero la tendencia del escritor costumbrista a convertirse en personaje es algo que viene de lejos.

Tampoco se adscribe a “Marinas íntimas” el texto “Muñecos”, que inaugura en cambio “Las Pesquerías del Señor”. De todos modos, entre ambas series reconocemos como elementos comunes pistas vivenciales de la época en que Fernando trabajaba en el muelle, lo que quizá unifique en última instancia estas semblanzas biográfico-costumbristas con la nunca explicitada serie de “Retratos”. De otro lado, la muerte y la pérdida están mucho más presentes en estas “Pesquerías” que en las “Marinas”.

MUÑECOS

Septiembre

... Y NO le oí decir ni una sola palabra. Era mudo, quizás, con sus cien años corridos, su oscura tabla de roble y sus tres muñecos para bailar sobre ella. Bailaban dos, descansaba uno, en el profundo bolsillo pectoral, de separados estambres moribundos. El viejo viejísimo era menudo y daba la impresión de que le habían borrado con una goma los ojos, la nariz, la boca, las orejas. Toda su cara era un puro desvaimiento indeciso. Y aun parecían haberle quedado en ella, sin sacudir, los rulillos y delgadas porciones que se quedan en un papel al borrar, en mescolanza de piel, carne y días. Nunca dijo nada, y su edad era ya la del Tiempo. Surgió va a hacer cinco años y debo pensar que habrá muerto, he aquí lo que duele decir. Pero habrá muerto, a buen seguro, y no hay por qué salirse con una frase bella. Moriría probable, seguramente. Tenía tantos años como tres muñecos de palo, hombre, mujer y niño, tallados a navaja montuna y trajeados de exiguas telas, desmayadas en la color. Y estas tres figuras, con articulaciones en las piernas y los brazos, procedían, movidas por los fáciles dedos del abuelatis, a un baile sumamente triste, cuya desolación se encampanaba hasta un máximo grado cuando eran la mujer y el niño quienes se debatían, sonando sobre el agrio tablón de sobadas astillas. Los accionaba y presentaba el viejo sin pedir una perra, sin mover un pliegue de la cara, sin esperar a que llegara nadie, y a los tres minutos ya tenía en su derredor a muchos hombres, mujeres, niños. Seguía luego su camino inconmovible. Anduvo por los pueblos de la ribera, accidente entre los accidentes del Septiembre primero, bolita ocre bajo los rutilantes carteles murales de los cines marineros y silvestres, pasando como una

sombra de nada junto a la sonriente muchacha bellísima, inmóvil en el cartel de la película con una copa y un pie alzados contra el rascacielos horadado de luciérnagas rectilíneas, y un bastón de lujo atravesando las letras del título. Fue y vino, pasando ante las puertas de los bares y de las agencias de transportes, subiendo en los vapores baratos y en las lanchas y barcas gratis, surcando la bahía y bordeándola, formando parte también de la Gran Fiesta Municipal del Verano, al producirse en las calles donde se disponían las iluminaciones, los actos, los triunfos. Fue y vino. Moriría.

Pues este viejo viejísimo había rozado el secreto de la vida y la muerte, y a algunos nos horrorizó el ver, bajo el sol henchido, la significación de los bailes de sus criaturas de madera, aquellos personajes asumidores. Recuerdo ahora que fue en el muelle de las pesquerías cuando se apareció a nosotros por la vez primera, y que manejó la danza segunda, la de la mujer y el niño. Este niño chico era como un conglomerado de memorias populares de España, sapientísima e involuntaria combinación de los niños que al recuerdo más antiguo se afinan, los niños malos y buenos de los cuentos morales y de los textos escolares y preescolares españoles, a los que el cura tira de una oreja por robar las manzanas de una huerta, si bien van descalzos, o se envenenan por chupar cerillas. Los niños, por ejemplo, a quienes salva un perro de morir ahogados o perdidos en el tormentazo de la nieve. Los niños que ruedan por las coplas, que piden dinero, que nos miran bajito, sujetándose los feos pantalones con una delgada banda de la misma tela, que les cruza el pecho en diagonal. Los niños de la palabra y los dibujos que no saben lo que es el dinero, ni comen ni beben, ni hacen más que lo que hacen, quedando allí, sepultos en sus acciones, sin más perfil ni humano movimiento. Bailaban la mujer y el niño, seres populares, en una danza amarga, vaya que sí, y todos se reían de los rodillazos, de las caídas de la muerte que a ambos devoraba luego. Nunca besó el hombre a la mujer, o la abrazó, o le dio un palo. La seguía. La seguía solamente, igual que obseso de una cosa hipnótica y triste. Luego, moría también. Y este abuelo, parece ser que inclinándose levísimamente la cabeza, recogía sus vivas suscitaciones y andaba, andaba, con las pierrecillas curvas, bajo el sol del primer septiembre radioso.

Debe haber muerto; no cabe darle vueltas.

Su ropa, de qué campos, de qué tierras, de qué tremendos crímenes o coronaciones de la pobreza, habría llegado. Era una ropa calidoscópica, llena de relejos y variaciones, totalmente dotada de calidad de ropa sola, de mera función cubritiva. Aquella chaqueta decaidísima, aquel pantalón, aquella camisola a rayas negras, tales prendas no antiguas ni

modernas, pudieron venir de un pueblo vecino, o de Francia, de Italia, de Arkángel y sus trineos, de Seúl, o de Addirondak, en los Estados Unidos. Y esta ropa mundial, quemada, emblemática, tenía unas contracciones, unos escorzos breves, cuando los bracillos del trasto con voluntad de acción movían los tres personajes, tres, de su parva y callada farsa mágica. Entonces, un tenue rumor de maderillas o choquezuelas, un leve repiqueteo que se crecía en las caídas de las figuras, un ritmo suelto y desigual, invadían el aire próximo y contrapuntaban las risas. Ah, noble pueblo de Tebas, un niño muy pequeño que no veía bien, fue un día y...

Fue en el gran balneario. Por la mañana vivísima pasaba el abuelo, andando andando entre las garitas, sin mirar a nadie, como de hábito, junto a los brillantes guardias y las opulentas telas, carnes, tortillas, olas, cruzando, sombríta desimportante, ante la rotundidad grácil de las jóvenes tendidas, de los niños enarenados, y, de pronto, puso en juego el arte suyo, uniendo los pies primero con un cierto aire militar y extrayendo de la ropa los aditamentos a manejar, con un medido y grave gesto. Y un niño chico que no podía ver bien y que estaba inmediatamente debajo de la tabla sonora, empinándose y vacilando, apoyó una mano redonda, rosa, en el tingladillo, que se vino abajo. El hombre y la mujer de palo rodaron por la arena. Y el viejo quedó unos momentos, unos siglos, con los dedos de la adelantada mano izquierda en la misma hábil tesitura en que estaban antes de ocurrido el incidente, quieto y con el mirar nadando en el aire. Nadie dijo una broma, ni una sola palabra. El viejo suspendía ya su clavazón para inclinar la cabeza hasta apoyar en el pecho la barbilla aguda, y mirar al niño a los ojos. Lo miró. Lo miró con una mirada donde cabía el mundo, sus penas y sus alegrías, sus horas y sus ratas y sus batallas antiguas, donde un rey cae con la cabeza abierta en un río hirviendo de moros o un león se come a un santo. Lo miró, tendiendo la mano, los dedos, y levantando a la luz las derrumbadas leñas nobles. Siguió la danza.

(De "Las pesquerías del Señor")

Platero, 2ª época, nº 19, 1953, [pp. 17-18]

El texto tiene un regusto cervantino nada ajeno a un escritor que había homenajeado a Cervantes en verso y prosa¹⁹. Vendría a ser como una mezcla de

¹⁹ Muy temprano es el poema de Quiñones "A Miguel de Cervantes" (El Parnaso, Año I, nº 2, 15 de diciembre de 1949, p. 2), subtítulo "Boceto para un poema heroico", dedicado a Serafín Pro y escrito en alejandrinos con cesura central en un estilo

Retablo de Maese Pedro con los títeres de la tía Norica. El estilo del narrador resulta mucho más culto que en otras viñetas de temática popular, con lo que ya vamos viendo esa disociación estilística que culminaría en *El coro a dos voces* (1997). El viejo personaje está tratado con un aire simbólico de misterio que excede ampliamente el costumbrismo para hundirse en la larga tradición de las danzas de la muerte.

El cuento que ahora reproducimos, “El golfin”, citado en “Postal de Antonia la Grande...” y sin adscripción a serie alguna, es el más claro nexo entre “Pez sobre el muelle” y “El monstruo de mil pesetas” (ya mencionados antes), e incluso el lenguado monstruoso del cuento “Todo un verano para el padre Alfonso” (*El coro a dos voces*, 1997). Esta recurrencia dice mucho de un escritor para quien el mar y sus criaturas son de alguna manera sagrados, inviolables: la materialización de la naturaleza en libertad.

EL GOLFÍN

Abril

No sé bien si el golfin es un delfín grande y más negro, o una especie de delfín, o algo semejante. Será, más bien, como un delfín grande, igual que la merluza es una pescada grande y que la muerte es una pena bien grande. Pero no estoy seguro.

A los delfines, lo mismo que a las golondrinas, no se les puede matar ni herir. Quiso quien mira por las pesquerías y por las artes, por las botanas vacías y por las mujeres del puerto, que la golondrina por el aire y el delfín por la mar, fuesen bichos santos y buenos. Por lo que las golondrinas dicen que hicieron y por lo que hacen los delfines con los marineros perdidos, que los empujan con el hocico para que no se ahoguen, a estos dos animales hay que dejarlos siempre en paz. No se les puede matar ni se les debe herir, o de asustar siquiera.

El golfin, digo yo, debe ser otra cosa diferente.

Estábamos perdidos, Antonio y yo, porque ya no había modo de soltar el seis doble. Se veía a las claras que perdíamos y que pagábamos el café. Todo el “Novelty” andaba soleado y lleno de gente, con sus pinturas de

absolutamente rubendariano. En don Quijote se inspira también el ya citado cuento “Caballero andante” (1963).

barcos veleros y de mujeres romanas con hojas de parra en la frente, con sus viejos fumadores radioescuchas y sus mirantes de dominó y sus vasos de agua. No teníamos trabajo y era el abril.

El golfin es un pescado tremendo que se coge poco. No, no es mucho más chico que una ballena regular.

“Bati”, que estaba mirando, me hizo señas de que si se escondía el seis doble, y yo no quise. Ya se sabe: con un poco de vista, se puede armar un lío salvador y deshacer la partida. Luego, se discute un rato con los otros (*¡a mí no me levantes tú la voz así!*) y se puede volver al principio. Pero yo no quise entonces y, muy pronto, con un gran golpe triunfal que sonó como un tiro, los otros dos cerraron el juego. Y Antonio, el compañero mío, se puso a achacarme que yo ni me había fijado en lo que hacía. Que no había visto sus señales secretas, para ganar.

El golfin es pescado barato, y no sirve para mucho. Tiene cara de fraile y ojos de tonto, relimpios. Y necesita un chorro de trabajadores que lo muevan.

-Hijo, que te lo estaba diciendo claro... Mentira que parece: listo para otras cosas, y... ¡con la tostada...!

-¿Qué te pasa a ti hoy, eh?...

Un hombre entró rápidamente, buscando con la vista, y se vino en derechura a la mesa. Traía ocho o diez cabezas de merluza, plateantes, vivas, ensartadas de los ojos por un alambre.

-Mira, por mi madre: el más grande que yo he visto. Qué cosa, oye... ¡Uh!

-¿Quién, quién?

-La “Ría de Arosa”.

-¿Ahora?

-Ahora, hace un momento, y en el agua lo tienen. Ya no se mueve.

-Sí, que ya vamos a verlo...

-Tres tortugas grandes y el golfin.

Cuando llegamos al muelle, vencidos los pasos digestivos y el alalamiento de las manos, ya se estaban llevando a las tortugas en brazos, cogiéndolas como se coge a los niños chicos. Allá iban, perneando y balando.

El golfin, que era imponente, se veía desde “La Machina”, Vinos-Cafés-Licores, que no queda cerca. Un bulto tremendo, cinco veces mayor que la “Ría de Arosa”, aquel lanchoncillo de nada... Enseñaba al aire el vientre blanco, puro, y, topeteado de la marea, batía un poco contra los costados de la “Ría” y le crujían los maderos. El patrón estaba en tierra, sobre los adoquines, limpiándose las manos de grasota con un trapo. Se explicaba y contaba, resoplando salivillas tenues, cómo habían cogido al gofin, cómo lo habían remolcado de la cola, lo que iba a hacer con él...

-El Pepichu, que vale tela... Susto... Coletazos...

Bien, ya se sabe que el golfin es algo así como un delfín mayor. Que una partida de dominó que se está perdiendo, puede arreglarse, con trampa o sin ella. Que a una persona le dan manías repentinas y empieza a fijarse en tonteras y a llorar como una Magdalena por dentro a la vista de una roca con verdín y a quererse convertir en choco o en pintura verde y a querer que un golfin que ya está muerto, muertísimo, recobre la tensión, salga como una bala y, echando a pique lanchillas y estamentos, coja la barra y el mar libre. Y que no aparezca más.

Platero, 2ª época, nº 21, 1953 [pp. 17-18]

La siguiente estampa, “La muerte”, segunda de la serie “Las Pesquerías del Señor”, tiene un interés excepcional, pues recrea el dolor de Fernando ante el fallecimiento de su abuela y, al mismo tiempo, su mala conciencia ante el vigoroso vitalismo que muestra aun en circunstancias tan tristes²⁰. Es ésta una muestra particularmente valiosa (y rara) de su narrativa autobiográfica. La soledad del protagonista y narrador nos remite también a “Nos han dejado solos”. Su sentimiento de culpabilidad, a la introspección autocrítica que efectúa en el relato “Días difíciles” (*El coro a dos voces*,

²⁰ Pocas visiones más acertadas del vitalismo quiñoniano que la que da José Manuel Caballero Bonald en sus memorias, *Tiempo de guerras perdidas* (Barcelona, Anagrama, 1995) y *La costumbre de vivir* (Madrid, Alfaguara, 2001). También Pilar Paz Pasamar en la entrevista efectuada por A. S. Pérez-Bustamante: “La corriente infinita. Una vida con Pilar Paz Pasamar”, *Revista Atlántica de Poesía* (Cádiz, Diputación), nº 31, 2007, pp. D15-D34.

1997)²¹. Todos los personajes son aquí reales: el narrador Fernando, la abuela Cordia, la tía Teresa, y Antonio Lloret, amigo entrañable de Fernando desde la mocedad.

LA MUERTE

Mayo

Ya dentro de la chabola oscura, fresca, en cuya puerta se detenía el sol rabioso de la mañana, hube de sentarme en el montón de redes y ver de recobrar, en un algo, la mucha vida que se me había volado en cuatro días y en cuatro noches. Sin quererlo apenas, y como gozando en la desgracia, volví a pasar memoria de los sucesos. Estaba solo ahora; los niños y Vázquez me habían dado el pésame otra vez y andaban por la lonja, a la compra de pescado del día; un gran sol se paraba en la misma puerta del marino almacén, pisando los talones umbríos del vivificante recinto de embreadas maderas. Y vi, sobrada de la faena última, una caja pequeña de calamares, que se guardaba en el rincón más fresco. A mí, seguramente, me iba a tocar prepararlos en la noche. Tenía ya deseos de echarles la sal y el ácido, la nieve; de disponerlos en frías tongas, de clavar y precintar la caja, de ayudar a subirla al carro bamboleante y meterla después en el tren negro, a la luz de los menudos faroles manuales. Se me había muerto mi madre.

Y volví a entender que debemos acabarnos, que los demás, realmente, sentían lo que me había ocurrido, que ya, en verdad, no tenía por qué ni a quién elegir el salmonete que se me antojase más galán del copo, a hurtadillas, el langostino más claro, el lenguado más terso y entero. Sí, es preciso trabajar y yo tenía que seguir trabajando. Por animarme, porque hay que hacer algo, porque así debe ser. Claro es que sin amor.

²¹ En la versión definitiva de "Días difíciles" (que conoció una primera, más reducida, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, marzo de 1996), leemos una confesión que hay que entender confrontándola con este texto, "La Muerte": "Cierto que en toda aquella agitación, hambre quizá de sumarle más vida a la vida y de distraer sus acritudes, podía descubrir el hombre algunos motivos fundados. Por ejemplo, el de su naturaleza hipervital, o acaso neurótica, y hecha a la habilidad de eludir desde chico dramas, problemas y conflictos, empezando por los de su familia, mediante la costumbre de no parar la mente en cosa alguna más allá de unos momentos. Una capacidad de evasión ayudada, ya desde la infancia, por una libertad siempre pronta a sustituirle cualquier situación triste, cualquier saber doloroso, por la alegría del mar, de los amigos, de las calles" (El coro a dos voces, ed. cit., pág. 162).

Desde la sombra torné a ver a mi madre, relampagueando en la casa más que humilde, con su silla de hundida enea en el balcón, soleado a las dos y media, y su caja de amarilla lata –CACAO DE BELLOTAS. Alimento Hipoquiténico. Hijos de B. LUENGO. CABRA (CÓRDOBA)–, aquella añosa continente de los hilos blancos, negros, sepias; de la botonería varia y sonora; de las sutiles agujas que ya no podía ensartar bien y que tenía que seguir ensartando, inclinada la pobre cabeza blanca y el menudo torso frágil. La veía gritar, Dios sabe por qué, y correr, vivacísima, hacia la olla que se resquemaba, moviendo su siempre activo desvalimiento informador. La escuchaba contar a los niños de la casa –el galleguillo, Enriqueito el del saстре, Luisi- el cuento de las tres banderas y el de los tres perros. Empezaba nuevamente a helarme vivo, a no resignarme, a no hacerme a la idea de no verla nunca más.

Sucedía esto el lunes que sigue a la Semana Santa. Má había muerto en el gran Jueves, y el mismo Sábado de Gloria la dimos tierra.

Iban luego a venir muchos Sábados de Gloria, salpicados de gayos capotazos en los pueblos de las sierras andaluzas, con el toro de la alegría, y de amigas y de compañeros y de vinos finos. Pero yo había corrido toda la tarde de aquel jueves, a contramarea de las procesiones, despeinado y blanco, para buscar al cura y al médico. Había visto a Má muy mal toda la noche y el día y a la casa irse llenando, en silencio, de ojos bajos y de aguardantes zapatillas de fieltro. Había estado con tía María Teresa, la hija de la abuela que fue mi madre, y la había visto yacer desmadejada, hecha un gurrúño indeterminable, ilímite, junto a la cama inútil. Había pasado una noche entera fumando y tragándome los huesos de la cabeza, junto a la caja horrible. En llegando a las afueras, el coche negro apretó el motor (es como se hace siempre; ya se sabe que debe ser así y no hay por qué gritar) y vinieron después los mármoles tallados y los cipreses hirviendo de aves, de campánulas azules. Fueron formales los del tinte, y el traje gris de los domingos estuvo negro y listo en los dos días que se prometían por el anuncio de la radio.

Llevé al muelle la corbata negra, nueva, y los zapatos relucientes, charolados casi, muy bien presentados. Y sentía ahora, semirreintegrado al trajín, que sí, que me hacía bien, que cada movimiento o mirada que emprendiese me iba a distraer y a reparar. Tampoco dejaba de percibir, por otro lado, que cada una de estas sencillas acciones reparadoras me iba a resultar, me resultaba ya, de hecho, tan vacía como un huevo vacío; tan lerdá y hosca como un huevo de madera. Madera, eso es, madera. Una madera. Una pura madera venía a ser cuanto respiraba, veía, olía, palpaba. Madera

seca y vieja, desangrada y desesperanzada, sin anteriores puntos de cálida referencia. Madera fallida. En casa sólo quedábamos dos.

Dos gaviotas muy altas pasaron al sol, chirriando con la alegría. Hombres repasaban redes y tres carrillos de mano cruzaron con grande estrépito tembloroso ante la puerta cegadora. En alguna chabola vecina, un hombre cantaba cierta canción de moda, mal y entrecortadamente. Reparé en una presencia inmediata. Antonio Lloret, silencioso, atento, estaba en la puerta, mirándome mirar la caja de calamares, distraído. Me di a acariciar uno de los colgantes bigotes, tiernos, algo encarnado ya, acusando los efectos del buen tiempo y de las horas.

-Cómo va eso, Nando; cómo va eso, hombre...

Y el “va bien” me apenó el alma, salido, como salió, con aquella vital veracidad insensata. Aquel “va bien” se había acompañado de un ánimo tan redondo, tan decidido a empezar, de un afán tan vivo, que preví una serie de inminentes “bien”, “Va bien”, decidores de que, en efecto, todo iba bien de verdad, de que empezaba a írseme del corazón la angustia que yo pensara intemporal, indeclinable en justicia. Volvía a oír la voz de Antonio:

-Están bien esos calamares, ¿eh, Fernandillo? Con papas...

No le contesté, no, a su sonrisa por obligación. Sonreí con ganas: sin forzarme un punto. Y en seguida volví a contristarme por ello, a sentir una gran vergüenza. Me daba una honda vergüenza de mí, de mis pocos años estúpidos y olvidadizos, de la palpable traición que mi creciente capacidad –y aún deseo- de consuelo suponía a Má Cordia. Pero luego, contra todas mis voluntades, al pensar nuevamente en la gran viejecilla, creí sentir a la Muerte dentro, esperándome en los pliegues de la ropa y del tórax, oliendo a inyecciones y a pintura nueva de caja con asas de metal dorado, aspirada por mí y acumulada en mí a lo largo de los días anteriores, igual que se acumula en las tablas el olor de la pesca y ya no se pierde, ni con el fuego. Vi que la había visto y que algo me quedaba de ella, algo que, de rotundo, ni había notado antes, y que ahora empezaba a irse, a salir materialmente por la puerta de la chabola, en la necesidad que uno tenía de seguir estando en pie sobre la tierra.

Por la noche casi no hubo quehacer. Y lo sentí, lo sentí, lo sentí.

De “Las Pesquerías del Señor”, inédito
Platero, 2ª época, nº 22, 1953, [pp. 11-12]

También hay en esta escena una desolación común con “Nos han dejado solos”. En fin, esta colección de textos resulta muy interesante para seguir la evolución del Quiñones más conocido y celebrado. Todos giran en torno al mar, de una u otra manera. Próximo a ellos, aunque en tierra, se sitúa “El Buitre”, relato serrano seguramente inspirado en alguna peripecia sucedida en Arcos de la Frontera (a Jesús Cuevas va dedicado).

EL BUITRE

A Jesús de las Cuevas, en fe de amistad.

I

El muchacho levantó la cabeza y sus ojos dejaron unos instantes de reflejar el azul de rabia porque la lenta sombra del buitre, en bajísimo vuelo, había pasado sobre su cuerpo y el ganado para resbalar luego, oscura y fúnebre, por los collados verdecidos, por el río limoso, por los campos en flor que junio poblaba de animalillos y olor a zumos estallantes.

Todo, todo lo repasaba aquella tarde la agorera oscuridad breve, el fugitivo negror, la sombra del buitre mayor de las manadas del contorno.

Y era como volante pesadumbre que entenebreciera por unos momentos los dulces ojos de las muchachas del pueblo, presas en el sopor de la siesta, la albar nitidez de las callejas, los recocidos tejados de barquillo, la cegadora y totalísima lumbre del mediodía.

Y en el estupor del paisaje ardido no cesaba de arañar el aire el grito enmohecido del pájaro excitado.

Fumaba el pastor, entre silbos a las cabras más escapadizas y miradas a lo alto, un cigarro grueso y sequerón que encendía despacio – broma era el minúsculo llamear del mixto en el solanazo del estío- y miraba, miraba las idas y llegadas del buitre voraz, asqueante, libre escorzo en la suma claridad.

II

-Hala Soletilla, Peregrino...

Es la hora feliz de terciarse el zurrón y tomar por el atajo a encerrar el ganadico del Señor que siempre ramonea de pasada las matricarias y los tréboles.

-Hala, Soleta...

De aquí a nada el pueblo, con su tímido punteo de vespertinas bombillas.

Pensó el pastor en ir al cine de verano, nevado y con macetas. Sí, iba a ir al cine que le encantaba y donde una vez se rieron mucho de él porque se encendió la luz a destiempo y –qué mal rato- le vieron casi en pie, en la butaca de delantero, con los ojos muy abiertos y una absorta expresión en la caraza.

-¡Prrriá, Capitana...!

Triscaba la tropilla, llegando ya. Pero en el prado de Eulogio, junto al olivar grande, apareció el carroñón reciente de un mulo y una voz sabida y odiada lo lleno todo con su destemplado gañir. Junto al triste escombro descubrió el pastor al buitre mayor de las manadas, batiendo inútilmente los céspedes tiernos, con las alas torpes y el buche reventón, todo salpicado y ahito de sangraza, pugnando por tomar el viento con el agrio collarín del pescuezo erizado como carlanca y un mirar cerduno y vencido.

Como una naranja enorme, escurrió la tarde su zumo rubio por los picos, las torres, las campanas. Bañada en él, asomó la cuerna de la luna por cima de un lejano terradillo.

El aire era parado y dulce.

Y el pastor, descirió el cencerro al gran macho delantero y, esquivando las garras y el pico, se lo aferró al pajarraco untuoso con un primitivo, infalible nudo. Luego, silbando, apretó el paso.

Y el último lumbror tramontano le doró el pelo como el halo de un santo.

Y abajo, fundidos en las prietas sombras del hondón, gritó última vez un pájaro y se escucho el sonido patriarcal, casi amoroso, de un cencerro grave.

III

-A salir, a salir. Esto no hay que dejarlo. Hay que salir de una vez...

Mi amigo apagó la luz y salimos. El pasillo de la fonda modesta estaba solitario. Lloraba un niño al fondo. Al torcer el rellano llegó el viento, el mismo viento que se enredaba como un garañón loco por las veletas y los miradores de la vieja ciudad, sobrecogida por el tormentazo nocturno. Nosotros nos estirábamos y crecíamos por la escalera de baldosines, con una crecida ilusión de aventura. Hasta nos sentíamos tocados de vagas calidades heroicas. Y no era caza menor el echarse a la calle en la noche desatada.

Al rebasar el zaguán nos cruzó la cara una ráfaga fría y húmeda. La ventisca nos castigaba tal una mano palpable y bravía. Las tenues farolillas esparcían su claridad insuficiente y las piedras parecían de cuarzo sonoro.

Con firme paso, calados los abrigos, en lentísima ascensión optimista, nos íbamos sumiendo en el dédalo de callecitas con tapiales y jazmineros. Olía a flor que daba miedo porque cuando huele y puja demasiada vida nunca podemos esquivar una sensación de muerte vigilante presente tras de la gentil belleza efímera y da miedo.

Teníamos que llegar, teníamos que llegar hasta el altísimo farallón balconado, en la cumbre del lugar, que dominaba treinta kilómetros de vega y desde el que, en los días hermosos, se veía la carretera como una cinta gris y el río como hebra oscura y los hombres como indefensos sercillos agradables.

Había que llegar para sumirse en el corazón de la tormenta y gozar del espectáculo soberbio y salvaje y ver los almenajes, las distancias, la descoyuntada topografía del pueblo, al lucir morado de las chispas. Dos y tres veces tropezamos seriamente. Pero nos ayudamos y seguimos.

La tormenta nos suspendía en sus brazos y nos besaba la frente, los ojos, la boca, como una mujer enamorada y violenta. Se apretaba en la corbata, nos alzaba en vilo, nos ponía ilesos en el suelo.

Por fin, dominamos aquella terraza y nos estuvimos asomando durante mucho tiempo a las altas barandas, recreándonos en un arrobo furioso, sintiéndonos casi dueños del universo y señores de la fuerza.

Fue entonces cuando, entre las ráfagas y los aullidos, los truenos y las descargas, las luces cárdenas y las honduras lúcidas, terribles, sonó prolongadamente hasta anegarlo todo el son de un cencerro loco, obseso, de cielo a cielo y de horizonte a horizonte, ululando como alma en pena sobre los campos y los caseríos un son de condenado, ya lejano, ya próximo, que era algo así como el sombrío presagio de una desgracia o como el punto girador del mismo centro del infierno.

La voz del sur, 20 de mayo de 1951, p.3

Como puede apreciarse, este cuento que empieza “in medias res” y no tiene realmente desenlace sigue la típica fórmula neorrealista del cuento-situación, característica del relato corto entre los años 50 y mediados de los 60.

Pero veamos ahora, para terminar, textos de índole distinta que dan testimonio de otra pasión quiñonesca.

III. EL TIRÓN DE LA FANTASÍA

Junto a la pasión memorialística y realista Quiñones alimentó desde sus comienzos lo contrario: la atracción por la fantasía. Muy temprano apareció en *La Voz del Sur* un texto entre semblanza y relato que ofrece la particularidad de su exotismo (un ambiente japonés de lejanos mares en un estilo cadencioso, poético, paralelístico). Nos viene a la memoria el Bécquer de “El caudillo de las manos rojas” o “La creación”, pero no hay que olvidar la fascinación del joven Quiñones por las novelas de aventuras (Verne, Salgari, Stevenson...). Herman Hesse puso de moda un nuevo orientalismo (*Siddharta*, 1922), y, de otro lado, *Los pescadores de perlas* (1863) es el título de una conocida ópera de Georges Bizet ambientada en Ceilán (si bien su argumento no tiene nada que ver con el de este relato). No está de más recordar aquí los juegos del niño Fernando Quiñones en la azotea de su casa y del colegio: maravillosas aventuras de exploración (“aventuras del misterio y la poesía”) que se refieren en relatos como “La misa del gallo” (publicado por primera vez en *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 120, 1959)²² u “Hoy playa no” (*El coro a dos voces*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1997)²³.

²² Se incluye en Fernando Quiñones: *Obra escogida, II. Libro de relatos*, Jimena de la Fra. (Cádiz), Ediciones OBA, 2001, pp. 606-620.

²³ Este cuento, según el autor, sufrió seis reelaboraciones, dos de las cuales, menos extensas, vieron la luz en los suplementos dominicales de los diarios *Arriba* (Madrid, 5 de julio de 1970) y *El País* (Madrid, 31 de julio de 1988).

BARANG, EL PESCADOR

Yo soy Barang, el pescador de perlas. Corre por mi sangre el viento apretado de dos mil y una generaciones de perleros del Estrecho y mi constante abrazo con los hielos de la muerte se ha remansado, antiguo, en mi corazón joven desde que abrí los ojos a las madréporas y a las olas.

Yo, Barang el fuerte, vivo en una casa de coral y palmas y canto de mañana sobre las arenas y los esqueletos del sur. Mi casa está bajo las primeras sombras del palmeral quieto, junto a un viejo cementerio varado en el tiempo, y mis anchos pies, que saben de los miedos profundos, se apoyan de continuo sobre carne, carne seca y arenada que yo bien veo, y pescados muertos de la corriente. En las noches de luna salgo a la costa dormida y creo sentir por las rodillas y los dedos el largo soplo de Flo-Sung, mi abuelo, que estuvo de joven por tres días en el jardín tercero de Buda o de She-Bong, la vieja hermana de mi madre que ilustraba mis ojos niños con largos relatos del príncipe Devibund de la India.

Yo, Barang el sabio, soy dueño del junco perlero más veloz de toda la costa. En mi cabeza, la cadena de los años no me pesa tanto como el alma y tengo aquí prendida por un bramante de mi cuello, aquella esquirla blanca de la caña del timón de mi primer barco perlífero; la mínima dulce veta de la buena estrella, quieta en mis ojos y en mis hijos.

Sé del tifón y las calmas malas, de los puertos y los labios, de los tiburones y las ventolinas. Yo estuve en la rebelión del “Kling- Pu”, hace treinta y cinco lunas, cuando las olas hinchadas se pusieron a hervir de blancos y maderas y los aterrados coolíes de la bodega vieron entrar hasta la última gota de la condenación negra y conocí en Ceylán al viejo de la leyenda que sabía devolver el amor y la sangre a los cuerpos que la perdieron. Era él: sí.

Pero ahora estoy quieto en mi península de limón y crema, sin volver la vista a las singladuras recorridas ni acordarlas plenamente en su rojiza, inquietante dimensión. Y mi vida es tranquila aunque me la asombren de vez en cuando los pensamientos y las voces de mis antepasados y las flotillas pesqueras, porque había llegado el momento de la veda para dos años consecutivos, en los que ninguna sombra humana había de turbar la luz profunda de los bancos.

Yo, Barang el león, salí a la caída de la tarde. El fondo de la mar estaba lleno de miedos y sombras y una luz de aceite, verdinosa, desleía en los contornos de lo hondo los siniestros perfiles, los futuros miedos de la Viajera. Porque Dios así lo quiere.

Yo, Barang, tengo en mi cabaña de coral y palmas un viejo idolillo de vidrio. El idolillo es ancho y breve y tiene las manos extremadamente largas. Lo encontré una tarde en el fondo del mar y desde entonces ha caído sobre mí el espíritu de la tranquilidad y la miel. Aquella tarde corría un fuerte viento de altamar y nadie había salido a los corales y a los arrecifes. Raudos tropeles de nubes rojas corrían por las barandas del horizonte y el agua tenía un color cobrizo, muerto. Para el día siguiente había anunciado el blanco la retirada de lentos de las rocas, las algas y los peces. En la marea crecida y lóbrega venía, llegaba, pendía mi cuerpo bronceado y un entero presentimiento me corría por las venas y los ojos. Fue en la última sumersión. Tenía ya las pupilas más rojas que el poniente y el temblor de mis palmas se hacía perceptible por momentos. Entonces le vi, quieto entre las mareas y las lunas, mirando de través con sus pequeños ojos sesgados las madréporas y las ondas. Cuando salí con él a la superficie estaba con los pulsos desbocados, con la sangre casi envenenada del aire sujeto. Pero el antiguo ídolo extendió largamente sus brazos en el rincón más fresco de mi casa de coral y palmas y derramó sobre ella la mirada de sus ojos oblicuos.

Y ahora estoy quieto en mi península de limón y crema.

Elangi es dulce como las mañanas del mes del caballo rojo. Dice Confucio: "No. Nunca probarás esos dulzores, esos paisajes internos de la mujer que cantó Tsi-Ling, el poeta. Te prenderá en los vientos de la senda y cuando vayas a pensarla te llenará la cabeza y la casa de menudos problemas". Pero yo bien que la veo, dulcemente reclinada sobre los mundos parados, vagamente frágil y eterna como las santas dunas del Japón y con los cinco hijos en las pupilas.

Los cinco hijos de Barang son duros y mimbreños. Yo no puedo conocer todavía sus corazones voladores y me limito a apartar de mi labio las polvaredas levantadas por sus sandalias de palma y a escucharles de noche el pecho para sentirles el mar que llevan dentro. Kyoto y She, los dos hijos mayores, ya empiezan a salir a las perlas. Nos hacemos al agua en mi junco fino, con las últimas luces de la tarde. El agua se tiñe de luciérnagas de plata, de lentos velos grises y los largos toros empiezan a derramar por los bancos y los atolones la dulzura espesa de sus alientos. Los hijos tiemblan como de frío y en sus ojos de cobre y en sus brazos tendidos brilla el deseo infinito de

sumersión. Yo me incorporo del cálido letargo batelero y cuando me yergo en la proa para saltar al agua corren mi sangre, más fuertes que nunca, las innúmeras y secretas voces de mis antepasados. Luego ya no me puedo dar cuenta de nada y mis dedos remueven en las piedras y golpean en los corales negros, mientras todo mi cuerpo se embriaga anchamente con el frescor eterno, con el lamido totalísimo del agua honda donde seguramente han de dormir mis huesos. Cuando, terminadas las postreras luces del día, volvemos a la playa, descanso en las maderas, bajo la vela enhiesta y hablo con Kyoto y She de la Mujer y de la Vida.

El antiguo ídolo de vidrio extiende largamente en mi casa de coral y palmas sus brazos desmesurados y derrama sobre toda ella la mirada cortante de sus ojos oblicuos.

Barang sabe que en él duermen las semillas doradas de la tarde y que en su breve contorno se encuentra también la estrella del alba, la estrella rosada y ardiente que anida en la esquirra de madera de mi primer barco perlífero, ahora quieta en mis ojos y en mis hijos.

La Voz del Sur (Cádiz), 26 de febrero de 1950, p. 3

Un poco más extraño, por su mezcla de datos fantásticos y veristas (verista es la ubicación de la acción), es “El cuento del Gallo y la Sirena”, clasificable como de realismo maravilloso. La visión del gallo enamorado no dista demasiado del mundo de *Industrias y andanzas de Alfanhuí* (1951) de Rafael Sánchez Ferlosio. De otro lado, por esta época publicaba *Platero* textos del libérrimo Carlos Edmundo de Ory: poemas, prosas y fragmentos de su diario que aparecen en la revista gaditana entre 1950 y 1954, y cuya posible influencia no debe desdeñarse sin más.

EL CUENTO DEL GALLO Y LA SIRENA

A Juan Aparicio

Y como el corral decaído, polvoroso, caía a dos zancadas de la marea, esta sirena poníase en la noche altísima a cantar desde lo oscuro, muy cerca, cerquísima, peinando el pelo resbaladizo y trenzando de amor los dedos verdes, y ya estaba el gallo todo loco de sangre y fríos, quebrándose cara y ojos contra la materia renegrada, acabada, de las paredes tristes y llamándola, y llorando, y sintiendo en lo dentro un palo glorioso de alfileres y púrpuras. Y ella, en sabiéndolo, de cantar no cesaba, con voz que

conmoviera a las mismas estrellas, ganándose a pulso el no morir, desfalleciendo por quién sabe qué fondos compartibles.

La Bina, la hermana de en medio, en llegando el día, tomaba al gallo en sus brazos y así teniéndolo adelantado, como en presentación, saludaba a la buena gente recién lavada, asistida por las piedras cantileras y el viento del agua.

-Adiós, don Anhelt.

-Abuela, la jarra de leche se derrama. Mire usted, mire usted...

-Adiós, Koldio. Tonto. Sinvergüenza.

Y luego, con sus ojos afelpados, mullientes, curaba al gallo las heridas de por la noche; un parpallar señorón, pausado, subrayaba los toques, las restañaduras, los ajustes. Y el gallo saltaba después al suelo como un chorro de oro y comía un poco, muy poco, porque estaba muriéndose enteramente de amor.

Ya lo sabían hasta las piedras de la calle que la sirena le cantaba al gallo y a nadie más, porque para él había nacido, y nunca, con el canto aquel, hubieron de sujetar bajo la plata lunar a adolescente alguno, sino al gallo que nadie podía tocar entonces porque picaba y hería con la uña del escamoso dedo. Al gallo, con el dulce balido de la quinceañera sirenilla, se le colocaban dos ascuas debajo de las alas, se ponía igual que si le hubiesen llenado el corazón de coñac, Dios mío.

-Qué raro, qué raro...

Pero las tapias eran altas. Muy altas. Altísimas. Por un resquicio de ellas miraba el pájaro insomne, rabiante, y allí estaba ella, en lo oscuro cercano, sorteando las olas grandes y enseñando los blancos hombros espumados, nuevos.

Ladró el arpón como un perro desde las escolleras cortando el aire, sobre las primeras del alba. Y todo el pueblo en pie, sobresaltado de candiles y carreras, turbio de ojos lacrimosos, mirándola estaba, muerta, trenzando ya siempre los dedos verdes sobre la arena fría, surcada de rosadas linfas y cabellos lloradores.

La Bina, la hermana de en medio, abrió la puerta del corral. Todos dejaron paso al gallo sangrante, silencioso, terrible, que se puso ante los soñolientos hombres absortos, mirando y mirando y mirando el cuerpo

precioso, bajo un callar de espanto y luces grises que ya pregonaban la gloria de Dios.

Platero, 2ª época, nº 15, marzo de 1952 [p. 5]

La dedicatoria a Juan Aparicio parece un modo de halagarlo para atraer su atención y obtener su apoyo en el complicado mundo cultural.

Para cerrar esta visión sobre los inicios narrativos de Quiñones en la época fundamentalmente gaditana, incluimos dos “parábolas” que, curiosamente, son los únicos dos textos de esta época que pasaron posteriormente a incorporarse a un libro: *La guerra, el mar y otros excesos* (Buenos Aires, Emecé, 1966). Lo tardío de esta incorporación tiene su explicación lógica. Quiñones fue haciéndose un hueco como narrador en la literatura española a partir de 1960, cuando obtiene La Flor de la Vendimia de Jerez con *Cinco historias del vino* (1960) y, poco después, el premio convocado por el diario La Nación de Buenos Aires en 1960 por *La gran temporada*, con un jurado integrado por Jorge Luis Borges y Bioy Casares. Este espaldarazo americano le abrió sobre todo las puertas editoriales de Argentina (tan mediatizadas por los exiliados españoles), donde vieron la luz en 1966 en Buenos Aires dos colecciones impensables en la España de la época: la de relatos fantásticos y maravillosos titulada *La guerra, el mar y otros excesos*²⁴, y la colección impregnada de realismo mágico *Historias de la Argentina*²⁵. He aquí las dos parábolas que conforman la parte más antigua del volumen (la tercera, no publicada aquí, es “La parábola de los diez dineros”).

LOS TRES HOMBRES JUSTOS

Y a los tres días de camino encontró el Señor a tres camelleros, que corrieron hacia Él con humilde y ardiente amor. Y se sintió hambriento de concederles una gracia.

²⁴ . *La guerra, el mar y otros excesos* constaba de diecisiete relatos distribuidos en cuatro secciones: “Un cuento industrial”, “El sultán obrero”, “Jasón Martínez”, “Muerte de un semidiós”, “La tumba giratoria”, “Nueva versión de la Bella y la Bestia”, “Patos, Berlín, la guerra”, “Aún no ha perdido su color el mar”, “Un texto escolar sobre OH”, “Nuevas parábolas”, “Caná”, “La parábola de los diez dineros”, “Los tres hombres justos”, “Caballero andante”, “Las campanas de Compostela”, “El parpadeo” y “Otro semidiós”.

²⁵ . *Historias de la Argentina* contenía seis relatos: “Mi general”, “El ausente”, “La flor de Nogoyá”, “Un proyecto de Milonga”, “La casa en El Tigre” y “Aeropuerto 16.25”.

Y el primer camellero se llamaba Jazid, y era negro y de muy alta estatura, y nacido en la mayor de las siete praderas que rodean el desierto de Lozothar. Y el Señor se dirigió a él, preguntándole qué haría a un hombre que se lleva una sierpe a la cara. Y le contestó Jazid que huir de él, sin hacerle mal.

Y el segundo camellero, Galaád, tenía las manos como dos bueyes. Y el Señor se dirigió a él, preguntándole por las tierras de los vecinos de sus bisabuelos. Y le contestó Galaád que eran ricas en frutos y miel, de que los vecinos obsequiaban a su gente.

Y Terneth, el tercer camellero, que era pequeño y oscuro como las olivas caídas, no había oído nunca hablar del amor. Y el Señor le preguntó si había algo que no conociera bien. Y Terneth, con lágrimas en los ojos, le dijo:

-“Oh, Señor, no había una sola cosa que yo conociera bien, pues desde que era niño no sé sino de echar de comer a los camellos, y de andar con las caravanas. Y ni siquiera puedo decir que entiendo de camellos, pues se me han muerto muchos que crié, sin yo poder sanarlos ni saber de qué morían”.

Y el Señor, tomándoles las caras sudorosas, no sabía por cuál de los tres camelleros había más bien venido al mundo.

CANAAN

El Señor se llegó al interior de la casa y vio a todos los invitados ebrios de su vino. Y bajó sus ojos al suelo y vio los ópalos vomitados, y cómo la multitud de vasos derribados y de túnicas caídas estorbaba el andar. Y abrió sus oídos y escuchó los ruidos de la concupiscencia por todas las estancias. Y bajó sus manos y tocó las grandes heridas de la embriaguez. Y vio a María, que lloraba en un rincón. Y presenció cómo el humo de la iniquidad se aposentaba en la casa de las bodas, hasta indignar al Cielo.

Y se sintió pesaroso de haber multiplicado el vino en las cántaras.

(De “Nuevas parábolas”)
Platero, 2ª época, nº 23, 1953, [p. 14]

Aparte del interés de los textos en sí, tan dentro de la línea escéptica y paródica del microrrelato hispanoamericano, tan aficionado a la ironía del destino, es sintomático volver a constatar la existencia de otro proyecto juvenil que no llegó a concretarse como tal: esas “Nuevas parábolas” que finalmente sólo serían tres.

IV. CONCLUSIÓN

Fernando Quiñones llegó a ser un cuentista excepcional dentro de una generación que supuso una nueva edad de oro para el género²⁶. A nuestro juicio sus obras maestras son *Nos han dejado solos. Libro de los andaluces* (1980) y *El coro a dos voces* (1997). Pero un gran narrador no se improvisa: las cualidades que destacarían en el Quiñones maduro (su vitalismo, su vividez de origen autobiográfico, su versatilidad estilística, su bifurcación entre realismo y fantasía) vienen de lejos. Esperamos haberlo mostrado en este pequeño ensayo donde, al hilo de la crítica, hemos ofrecido veintiún textos muy poco conocidos (y variados) de un autor del que queda aún mucho por conocer.

²⁶ Sobre el cuento de la generación del medio siglo se puede consultar la monografía pionera de Erna Brandenberger (*Estudios sobre el cuento español contemporáneo*, Madrid, Editora Nacional, 1973). Buenos resúmenes sobre la evolución del cuento español en la segunda mitad del siglo XX son los que ofrecen Santos Sanz Villanueva (“El cuento, de ayer a hoy”, en Lucanor (Pamplona), nº 6, 1991, págs. 13-25) y Óscar Barrero Pérez (prólogo a su antología *El cuento español, 1940-1980*, Madrid, Castalia, 1989).